This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL
PQ
6629
A52
C4
1884

STANFORD·VNIVERSITY·LIBRARY

LA CHARRA

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

CEFERINO PALENCIA

ESTRENADA CON EXTRAORDINARIO ÉXITO EN EL TEATRO DE LA COMEDIA
LA NOCHE DEL 25 DE ENERO DE 1884.

PRIMERA EDICION

MADRID:
Imp. de La Iberia, á cargo de José Blasco.
Calle de Lope de Vega, 23 y 25.

1884.

A MI MADRE.

Cesenino.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie
drá, sin su permiso, reimprimirla ni representa
en España y sus posesiones de Ultramar, ni
los paises con los cuales haya celebrados ó se
lebren en adelante tratados internacionales
propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dran
tica, titulada EL TEATRO, de los HIJOS de
GULLON, son los exclusivamente encargados
conceder ó negar el permiso de representacio
del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

EL CURA DE SAN ANTONIO, comedia en tres actos y en verso.

EL DESQUITE, juguete en id. id.

CARRERA DE OBSTÁCULOS, comedia en id. id.

EL GUARDIAN DE LA CASA, id. id. id.

CARIÑOS QUE MATAN, id. id. id.

LA CHARRA, id. id. id.

PERSONAJES		ACTORES
TERESA	Señora	Tubau de Palencia.
ADRIANA	»	Guerra.
ADOLFINA	Srta.	Martinez.
CRIADA	»	Galindez.
D. JUAN	Señor	Mario.
» PEDRO	»	Rosell.
» JORGE	»	Romea.
BARON DE CLIGNANCOURT.	»	Sanchez de Leon.
D. HONORATO	»	Tamayo.
» COSME	»	Martinez.
» DAMIAN	»	Romea D'Elpas.
CRIADO		N. N.
LACAYO		N. N.

LA ACCION EN MADRID —ÉPOCA ACTUAL.

NOTA

El autor ha creido innecesario poner la pronunciacion figurada del idioma francés en las escenas que marca el diálogo, confiando en la discrecion é ilustracion de los actores españoles.

ACTO PRIMERO.

Salon elegante. Muebles de diversos órdenes y gustos. En el foro un mirador. Puertas laterales á derecha é izquierda: la segunda izquierda se supone que es la general. Gran chimenea en el fondo. Sobre ella caballetes con fotografías. Velador en medio.

ESCENA PRIMERA.

ADRIANA, ADOLFINA y HONORATO.

ADRIANA. *Oh, bon jour, mon cher ami!*
(Viendo entrar á Honorato.)
HONORATO. *Bon jour, madame; j'ai l'honneur.*
ADRIANA. *Il se porte bien?*
HONORATO. *Très bien;*
et vous aussi?
ADRIANA. *Oui, monsieur.*
HONORATO. No; *monsieur*, porque es diptongo (Rectificando.)
y suena entre é y ó.
¿Adolfina?
ADRIANA. *Asseyez-vous,*
et commençons la leçon,
s'il vous plait.
HONORATO. *Quand vous voudrez.*
ADRIANA. (¡Ay, ya me corre el sudor!)
HONORATO. *Parlez-vous français, madame?*
ADRIANA. *Oui, monsieur*, je parle un peu.
HONORATO. *Un peu, un peu*; es diptongo.
ADRIANA. ¡Ah! *Je demande pardon.*

HONORATO. *Quelle heure est il?*
ADRIANA. *Qu'est-ce que vous dites?*
HONORATO. *Quelle heure est il?*
ADRIANA. *Dix heures.*
HONORATO. *Voulez-vous me [illegible] mademoiselle...*
Me dire... quel [illegible] votre nom?
ADRIANA. Adriana.
HONORATO. *Très joli!* ¡Bravo!
ADRIANA. *Bien obligé.*
HONORATO. Superior.
ADRIANA. Sí, mucho.
HONORATO. *Comment se dit*
Palacio Real. *Sans façons.*
ADRIANA. *Palais...*
ADOLFINA. No, mamá: *palais*;
es diptongo.
ADRIANA. Se acabó;
no puedo con los diptongos;
los tengo aquí. (En la nariz.)
HONORATO. Y en rigor
son la base del idioma
francés.
ADOLFINA. Por cuya razon
nunca llegarás á hablarle.
Eres muy torpe. Señor,
¿de qué es tu lengua, de trapo?
ADRIANA. Como la tuya: mas yo,
aunque hija de padres ricos,
jamás estuve en pension.
ADOLFINA. En cambio estuviste en renta,
que es casi lo mismo.
ADRIANA. No.
ADOLFINA. Vaya.
ADRIANA. Cualquiera diria
que profeso un ódio atroz
á ese idioma.
ADOLFINA. Lo parece,
puesto que sin compasion
le maltratas.

HONORATO. ¿Maltratarle?
ADOLFINA. No sea usté adulador.
HONORATO. Con paciencia, estoy seguro
que dentro de un mes ó dos...
ADOLFINA. Sí, sabrá lo que es diptongo.
ADRIANA. *Mademoiselle, moderez votre...*
ADOLFINA. ¿*Votre*... qué? (Burlándose.)
ADRIANA. *Votre langage.*
ADOLFINA. ¡Já, já! Mamá, por favor,
no cantes más.
ADRIANA. ¡Ay, Dios mio!
¿Qué más puedo hacer? Yo voy
á París todos los años
sin tener gran precision,
y dejando en la frontera
el tosco idioma español,
á costa de mil apuros
que enrojecen mi color,
logro ya hacerme entender;
oigo una conversacion
y la sigo.
ADOLFINA. No: la oyes.
ADRIANA. La sigo y comprendo.
ADOLFINA. Error.
ADRIANA. Así, pues, sólo me falta
vencer la pronunciacion,
para lo cual nuestro amigo,
el distinguido escritor
que está presente, me ayuda
con su vasta ilustracion.
Item más: como ese estudio
requiere la viva voz...
HONORATO. *C'est vrai.*
ADRIANA. Os he suplicado,
á todos sin excepcion,
que me hableis en francés siempre;
y en fin, no hay un servidor
en mi casa que no sea
oriundo de esa nacion
privilegiada.

A MI MADRE.

Cefenino.

ADRIANA. Hágame usted dos siquiera,
le dije; capituló:
y en efecto, nuestro hombre,
queriendo acertar mejor,
hizo...

HONORATO. Las de usted, es claro.

ADRIANA. (Recelosa que Honorato haya adivinado su jugarreta.)
¿Cómo?

HONORATO. Que ese *quid pro quo*
es muy natural.

ADRIANA. Sin duda,
y gracias á tal error
podré salir á la calle
estos dias; me cogió
el otoño desnudita.

HONORATO. *(¡Quel bonheur!)*
(El actor comprende demasiado la intencion de esta frase.)

ADRIANA. A otra cuestion.
Segun afirman unánimes
los *amateurs* del *Sport*,
Nelson, el *pur sang* de Jorge,
ha de salir vencedor
en las carreras.

HONORATO. De fijo.

ADRIANA. Bajo tal suposicion,
quiero dar una gran fiesta
de carácter, en honor...

HONORATO. ¿De Jorge?

ADRIANA. Y de su caballo.
Desde que se me ocurrió
la idea, pensé en usté.

HONORATO. Gracias.

ADRIANA. Mi esposo y señor
no se opondrá, de seguro;
mas tengo la conviccion
de que en nada ha de ayudarme.
Jorge, que ya se enteró,
tampoco me presta auxilio.

HONORATO. Es muy inglés.

ADRIANA. Muy huron

Y esta loca de Adolfina,
con pensar en el *trouseaux*
de boda, tiene bastante.

HONORATO. ¡Cómo! ¿Se casa?

ADRIANA. Sí.

HONORATO. ¡Adios
mis ilusiones!

ESCENA III.

Dichos.—ADOLFINA, que ha oido las últimas palabras.

ADOLFINA. Me caso.

HONORATO. ¿Es decir, que no mintió
la *Revue des salons*? (¡Diantre!)
¿Y el feliz poseedor
será?...

ADOLFINA. ¿Quién será?

HONORATO. Supongo
que será uno de los dos
niños de Ecija.

ADOLFINA. ¡Já, já!

HONORATO. ¿Me equivoco?

ADOLFINA. No, señor.
Es que me hace mucha gracia
el apodo.

ADRIANA. Algun guason.

HONORATO. En Madrid para estas cosas
nos pintamos solos. Yo,
sin embargo, no he querido...

ADRIANA. ¡Quién lo piensa!

HONORATO. Como son
gemelos y naturales
de Ecija...

ADOLFINA. La de Pló
me dijo anoche: ambiciosa,
¿conque te casas con dos?

HONORATO. Es chistoso. (No creí
que esto marchase al vapor.)

ADRIANA. Ya el marqués de Recio-Muro,

padre de...

HONORATO. (El que me robó
mi ventura...) (A Adolfina.)

ADRIANA. Oficialmente
vino á hacer la peticion...

ADOLFINA. De mi blanquísima mano,
que mamá le concedió.

ADRIANA. Y tambien tu papá.

ADOLFINA. Eso
es discutible; en rigor,
papá, que estaba dormido,
no dijo ni sí ni no;
hizo así con la cabeza, (Imitando el movimiento.)
y nada más.

HONORATO. (¡Maldicion!)

ADRIANA. Usted almuerza conmigo,
¿verdad?

HONORATO. Gracias, pero hoy...

ADRIANA. Nada, no valen escusas.

HONORATO. Acepto... (la indigestion.)

ADRIANA. Y desde aquí á las carreras:
estrenamos un *landeaux*
precioso; y ahora recuerdo...
(Tocando un timbre y al criado que aparece.)
Le cocher entré qu'il monte...
Le cocher... ¿Cómo se dice?
¡Ay, qué desesperacion!
Explíqueselo usted, hombre.

HONORATO. ¿Qué le explico?

ADRIANA. Lo que yo
quiero decir.

HONORATO. ¿Y qué es ello?

ADRIANA. Que pase á mi habitacion
el cochero á tomar órdenes.

HONORATO. ¡Ah, vamos!

ADRIANA. Se me olvidó...

HONORATO. Cualquiera adivina... *Et bien;*
dites donc au cocher qu'il monte. (Vase el criado.)

ADRIANA. *Vamos,* venga usted; deseo
ya conocer su opinion

acerca de mis *toilettes*.

HONORATO. Tal vez juzgara mejor
viéndolas puestas.

ADRIANA. Entonces
voy á vestirme y... ¡chiton!
(Por Adolfina, que está en el mirador.)
Cuando yo llame entra usted. (Vase.

HONORATO. ¡Anda bendita de Dios!

ESCENA IV.

HONORATO y ADOLFINA.

HONORATO. Por llegar hasta la hija,
tuve la fatal idea
de pretender que la madre
me franquease la puerta;
y en efecto, me persuado
de que, á juzgar por la muestra
y á pesar de estar ya dentro,
voy á quedarme por puertas.
(A Adolfina, que sale del mirador.)
¿Pero es posible, Adolfina?

ADOLFINA. Y tanto. ¡Así no lo fuera!
Verá usted cómo me quedo
á la luna de Valencia.

HONORATO. ¡Ay! Ojalá.

ADOLFINA. Muchas gracias:
mil gracias por la fineza.

HONORATO. Quedándose usté á la luna,
no faltaria un planeta...

ADOLFINA. Hombre, déjese usté ahora
de floreos y ternezas;
yo me refiero á mis trajes.

HONORATO. Yo me refiero á otra prenda.

ADOLFINA. Aun no me he casado.

HONORATO. ¿Sí?

ADOLFINA. Pero si mamá se empeña,
me casaré.

HONORATO. No, Adolfina.

ADOLFINA. Lo primero es la obediencia.
HONORATO. Sea usted desobediente
por mí una vez siquiera.
Usted ya está acostumbrada
(Movimiento de Adolfina.)
á mis súplicas y quejas
y no me escucha.
ADOLFINA. Sí escucho;
pero tenga usted paciencia
y deje rodar la bola.
HONORATO. Es que, hablando con franqueza,
esta bola es ya muy grande.
ADOLFINA. ¿Y quién dice que no sea
de nieve?
HONORATO. ¿Sí?
ADOLFINA. Y con el fuego
de otro amor quede deshecha.
HONORATO. ¡Oh!
ADOLFINA. No cante usted victoria,
ni tampoco desfallezca.
HONORATO. ¡Ay, Adolfina!
(Pasando alternativamente de la alegría al desaliento.)
ADOLFINA. ¿Qué ocurre?
HONORATO. Con estas intermitencias
me tiene usted mareado.
ADOLFINA. ¿Sí?
HONORATO. ¡Pero de qué manera!
Hábleme usted formalmente
y dígame con certeza
si puedo...
ADRIANA. (Dentro.) *¡Monsieur* Honorato!
HONORATO. ¡Qué oportuna!
ADOLFINA. Mamá espera.
Vaya usted á ver qué quiere
en seguida, que no advierta...
HONORATO. Es verdad.
ADRIANA. (Dentro.) *¡Monsieur* Honorato!
HONORATO. *¿Señora?* (Me desespera.)

ESCENA V.

ADOLFINA.

(Mucha ligereza y aturdimiento en este monólogo.)

¡Já, já! El pobre no comprende
que me rio de él; ya es fuerza
desengañarle; mas no,
que al desengañarse cesa
de hacerme la corte y... vamos.
á mí me gusta tenerla,
y me gusta divertirme
con los hombres. Soy sincera.
Cuando me case, veremos;
quizá cambie de sistema
y hasta de gusto: ¡casarme!
Creo que anduve ligera
al dar el sí. ¿Y el baron?
¡Jesús, qué loca y qué ciega
estuve por aquel hombre!
Pero tres meses de ausencia
no hay amor que los resista;
no se ve ni en las novelas
que yo he leido. ¿No dicen
escritores y poetas
que el amor es una llama?
Pues la llama más intensa
y formidable se extingue
cuando no se la alimenta.
Esto es natural y lógico.
¿Y esas *toilettes* que no llegan?
¿Me hará bonita el sombrero?
Girondin. Tonta, coqueta;
(Se está mirando al espejo.)
eres lo más presumida...
¡Embustero! ¡Fea! ¡Fea!
¡Ay, qué *toilette* tan preciosa.
(Se supone que está viendo á su mamá.)

luce mi mamá y qué nueva!
¡Si habrán venido! No hay duda.
¡Qué gusto! Ya estoy contenta. (Vase.)

ESCENA VI.

TERESA y JUAN—Despues CRIADO.

JUAN. Vaya al diantre ese francés,
que aburrirme ha conseguido;
será un portero instruido,
pero insoportable.

TERESA. ¿Y es
esta la casa?

JUAN. Sin duda;
¿por dónde andará mi hermano?
(A un criado que aparece.)
¡Chist! ¿Don Pedro Castellano?

CRIADO. *Oui, monsieur.*

JUAN. ¡Huy!
¡Dios me acuda!

CRIADO. *Aseyez vous sil vous plait.*

JUAN. No; yo pregunto...

CRIADO. *Oui, oui*

JUAN. Dale, no salgas de ahí.

CRIADO. *Pardon.* (Vase segunda izquierda.)

JUAN. (Al cochero, que se dirige al cuarto de Adriana.)
Hombre; diga usté.

COCHERO. *Ay am inglich.*

JUAN. ¡Voto á San!...
Esto nervioso me pone.

COCHERO. *Ay dont not.* (Vase primera izquierda.)

JUAN. Usted perdone;
¿este es inglés ó aleman?

TERESA. Inglés.

JUAN. ¿Y qué lengua es esa?
(Se supone que oye hablar dentro.)
¿*Hablan* chino?

TERESA. No, señor.

JUAN. ¿*Qué hay* sobre este velador?

Le Gaulois, Le Temps. Ter esa:
sería mucha ignorancia,
pero puede haber pasado...

TERESA. ¿Qué?

JUAN. ¿Qué? ¿Si habremos tomado
en Medina el tren de Francia?
Allí hay cruce.

TERESA. ¡Qué aprension!

JUAN. No creas que desatino;
y aunque yo todo el camino
he venido hecho un liron,
es fuerza que me confieses
que en nuestro coche se ha hablado.

TERESA. ¡Vaya! Porque hemos viajado
con caballeros franceses.

JUAN. Pronto me he de convencer.
¡Ah de casa! ¡Por San Bruno!

TERESA. No grite usted.

JUAN. ¿No habrá alguno
con quien me pueda entender?
¡Pedro! ¡Voto á Belcebú!
¡Perico! ¡Que estoy yo aquí!

CRIADO. *¿Le monsieur?* (Saliendo.)

JUAN. Bueno; *oui, oui.*
¡Pedro!...

PEDRO. (Dentro.) Juanillo, ¿eres tú?

JUAN. Yo mismo.

PEDRO. Ven. ¡Qué alegría!

JUAN. Sígueme; vamos corriendo.
¿Por dónde?

PEDRO. Me estoy vistiendo.

JUAN. ¡Ah! No pases tú, hija mia.

ESCENA VII.

TERESA.

¡Vaya por Dios! Si alguien entra,
no hay duda que me lucí.
¿Y mi primo? A él sólo aquí

conozco, y como se encuentra
ajeno de mi venida...
¿Qué hacer? Estoy más cansada.
¡Ay! Que si me ven sentada
me tacharán de atrevida.
¿Es este Jorge? Sí tal.
Él es... ¡Qué grupo tan bello!
(Reparando en los retratos que habrá sobre la chimenea.)
Sonríe y abraza el cuello
de un caballo. No está mal.
Aquí de actitud cambió
y con el potro batalla,
y aquí retratado se halla
en velocípedo. ¡Oh!
De fijo esta debe ser
su pasion, no su recreo;
á juzgar por lo que veo
le gusta mucho correr.

ESCENA VIII.

Dicha.—ADRIANA, ADOLFINA y HONORATO, que procura calmar á l últimas.

TERESA. ¡Ah! Por fin. .
ADOLFINA. Quítate, quita.
ADRIANA. *¡Mon Dieu!*
TERESA. (Yo tiemblo.)
ADOLFINA. (A su madre.) ¡Traidora!
TERESA. ¡Jesús! ¿Será esa señora
su madre?
HONORATO. Calma.
ADRIANA. ¡Me irrita!
ADOLFINA. ¿Sí, eh?
TERESA. (¡Qué arranques tan fieros!)
ADOLFINA. Tú has dicho: mis dos *toilettes*
las primeras, y despues,
aunque mi hija vaya en cueros.
ADRIANA. *Es falso.*
DOLFINA. *¡Egoista!*

ADRIANA. Cesa.

TERESA. ¡Por unos trajes tal lucha!

HONORATO. Que hay alguien que nos escucha.

(Haciendo que Adriana se fije en Teresa. Adolfina se retira á un lado llorosa, pero siempre á la vista del público.)

ADRIANA. ¡Eh! ¿Qué busca esa burguesa?

TERESA. Señora... (Con cierta timidez.)

ADRIANA. ¿Quién es usté?
Si solicita servir...

TERESA. ¿Cómo?

ADRIANA. Ya se puede ir
á otra parte.

TERESA. Espero á que...

ADRIANA. No tiene que esperar nada;
yo soy la señora y mando.

TERESA. ¿Sí? Creí que estaba hablando...

ADRIANA. ¿Con quién? ¿Con una criada?
Pues mi traje...

TERESA. No me fío
del traje, y para acabar:
si el tener á quién mandar
es prueba de señorío,
yo, aunque humilde labradora,
aseguro por mi fé
que puedo hablar con usté.

ADRIANA. ¿Eh?

TERESA. De señora á señora.

HONORATO. Es altiva.

ADRIANA. *¿Q'est que vous*
dit?

HONORATO. Nada. (Linda muchacha.)

ADRIANA. Vamos, será una ricacha
hija de algun *parvenu.*

HONORATO. *Oui.*

ADRIANA. Pues bien, señora mia;
me dirá usted á qué debo...

TERESA. Francamente, no me atrevo...

ADRIANA. ¿A qué?

TERESA. A llamarla á usted tia.
Pero en fin...

ADRIANA. Me lo has llamado.
¡Yo parientes de tal laya!
¿Tú sobrina mia?

TERESA. ¡Vaya!

(Palabra muy usual en toda la provincia de Salamanca, y la pronuncian con un dejo especial; es lo que vulgarment llama una *muletilla*.)

Soy hija de su cuñado.

ADRIANA. ¿De mi cuñado? No sé...

TERESA. ¿Que no?

HONORATO. (Lance más gracioso...)

TERESA. El hermano de su esposo
¿no es el cuñado de usté?

ADRIANA. Ciertamente lo será;
mas como no tuve roce...

TERESA. Si usted no nos reconoce,
nada se ha perdido.

ADRIANA. ¡Habrá
insolentuela! Esta vez
tú eres la orgullosa, ¿estamos?

TERESA. ¡Ay, tia, no confundamos
el orgullo y la altivez!

ADRIANA. Es lo mismo.

TERESA. Es diferente.

HONORATO. (No se corta la maldita.)

TERESA. Y en fin, creo que no quita
lo cortés á lo valiente.

ADRIANA. ¿Pretendes darme lecciones?

TERESA. ¡Jesús! Nunca lo soñé.

ADRIANA. ¡Hum! Me ponen *enragé*
estos destripaterrones.

ESCENA IX.

Dichos.—JUAN y PEDRO, que salen de la habitacion de este último (puer derecha).

JUAN. *Ahí la tienes*; ¿no te agrada? (Por su hija.)

PEDRO. *Digo, si está guapetona.*

JUAN. *Tu tio Pedro.*

PEDRO. En persona.

JUAN. A los piés de usted, cuñada;
que ó no sé lo que me pesco
ó usté es mi cuñada.

ADRIANA. (¡Oh!)
Justamente. (Ya me echó
á la cara el parentesco.)

JUAN. Buena eleccion has tenido.
Por lo que puedo entrever,
habrá sido tu mujer
una real moza.

ADRIANA. ¿Habré sido? (Ofendida.)

PEDRO. ¡Hombre! (Aparte á su hermano.)

JUAN. ¿Presume de jóven?
Perdone usted; yo creia...

PEDRO. Ya tú ves, el mejor dia
me temo que me la roben.
Don Ruperto Gil Cordalias, (Presentándole.)
distinguido literato.
(Se hace llamar Honorato,
y es un escritor...)

JUAN. (Con *álias*.)

PEDRO. ¡Já, já! Siempre tan chancero.

HONORATO. (Aparte á Adriana.)
En detalle y en conjunto,
vea usted: es un trasunto
del tio Rico el choricero.

JUAN. ¿Y Jorge, que no le hallo
por ningun sitio?

PEDRO. Estará
en la cuadra.

TER. Y JUAN. ¿Eh?

PEDRO. ¡Já, já!
Como hoy corre su caballo
y tiene gran interés
en que venza...

TERESA. ¿No ha sabido?..

PEDRO. Ya le verás convertido
en un caballero inglés.
Grave, serio, formalote,

sin resabios inocentes.

JUAN. ¿Sí?

PEDRO. Con sus correspondientes
patillas y su bigote.

JUAN. ¿Y hasta habrá echado otro pelo
que esté más en consonancia?

PEDRO. ¡Digo! Verás qué arrogancia
y que... No es aquel polluelo
que creí se me moria
cuando le llevé á tu lado,
á raíz de haber pasado
una horrible pulmonía.
Hoy por completo cambió;
cierto que es poco expansivo,
poco comunicativo,
y hay dias que entre él y yo
no se cruza ni una frase;
pero eso...

JUAN. Sí, caé por fuera.

PEDRO. Es hijo de su manera
de ser, y si le privase
de las diversiones hípicas
que contrarrestan su *spleen*,
de sus rarezas sin fin,
y de las costumbres típicas
de los ingleses, de fijo
el pobre se diera al diablo,
ó á la hora en que te hablo
me encontraria sin hijo.

JUAN. ¡Caracoles!

PEDRO. Gran turista;
ya lo ha recorrido todo,
y sin embargo, no hay modo
ni medio de que resista
en ninguna parte un mes.

JUAN. ¿Es posible?

PEDRO. ¡Bah! En España
no puede vivir; le daña
este sol.

JUAN. *Cierto*; no es

igual al de aquella tierra.

PEDRO. Estos dias tan serenos
le abruman, y echa de ménos
las neblinas de Inglaterra.
Por último, ¿creerás
que cuando aquí ha regresado?...

JUAN. Sí, se le habia olvidado
el español. ¿Y tú estás
satisfecho?

PEDRO. ¿Qué he de hacer?
Me duele que tierra extraña...
Pero, chico, aquí en España
nada podia aprender.

TERESA. ¿Y no ha pensado en casarse?

PEDRO. Ni sueña en tal cosa.

TERESA. ¿No?

JUAN. (Ya esta pobre se vendió;
la fué imposible aguantarse.)

PEDRO. Y tú, ¿tienes novio?

TERESA. ¡Vaya!

PEDRO. ¡Vaya!

TERESA. No tengo ninguno;
pero nunca falta alguno
que me inquiete.

HONORATO. (Aparte á Adriana.) Con su saya
y su jubon tal vez forje
planes esta campesina.

ADRIANA. (¿Eh?)

HONORATO. (Parece muy ladina;
no descuide usted á Jorge.)

ADRIANA. *(¡Mon Dieu!* ¿Lo pretenderá?
¡Mi hijo con una burguesa!)

JUAN. ¿Y Adolfina? ¿Y la francesa?

PEDRO. (Mostrándole á su hija, que continúa apartada.)
¿No la has visto?

JUAN. Ven acá,
y permíteme abrazarte.
Hija, que no soy tu suegro,
sino tu tio.

ADOLFINA. Me alegro. (Con mucha frialdad.)

JUAN. ¡Vaya un modo de alegrarte!
¿Y esta?
PEDRO. ¿Qué?
JUAN. ¿Se encuentra bien
en Madrid?
PEDRO. Sí; es otra cosa
que su hermano.
JUAN. ¿Estás llorosa?
PEDRO. ¿Qué te pasa? Vamos, ven.
ADOLFINA. Me pasa...
ADRIANA. Lo diré yo.
PEDRO. ¿Qué es ello? ¿Algun cataclismo?
ADOLFINA. Nada; que mañana mismo
me quiero marchar á Pau.
PEDRO. ¡Já, já!
ADOLFINA. De mí no te rías;
tengo razones de peso
para irme.
PEDRO. Mujer, si eso
lo dices todos los dias.
ADOLFINA. Yo no puedo estar aquí,
donde se me considera
tan poco; donde cualquiera...
ADRIANA. Lo de cualquiera es por mí. (A Honorato.)
ADOLFINA. Me humilla...
ADRIANA. (No fueses muda.
¡Delante de estos salvajes!)
ADOLFINA. Luciendo trajes y trajes,
mientras que yo voy desnuda.
PEDRO. Vaya, la cuestion eterna;
siempre de igual modo están.
JUAN. ¡Hola!
PEDRO. Ya se arreglarán.
ADOLFINA. No me toques en la pierna, (A su madre).
porque no callo. ¿Me oís?
PEDRO. Niñerías, tonterías.
ADOLFINA. Dale, no son niñerías;
hace poco de París
han mandado dos *toilettes*.
PEDRO. *Bueno, para* cada una...

ADOLFINA. Pues no, señor; no es ninguna
para mí.

PEDRO. ¡Cómo!

ADOLFINA. ¿Lo ves?
Tú tambien te indignas. ¡Oh!

ADRIANA. Pero...

PEDRO. No valen arengas. (Cortando la frase).
¡Orden!

ADRIANA. A mí no me vengas
á imponer silencio. Yo
contaré lo que ha pasado.

PEDRO. (Imponiendo silencio á las dos.)
¡Orden! Que la luz irradie.
¡Orden!

ADRIANA. Aquí no eres nadie.

PEDRO. ¿Eh?

ADRIANA. No estás en el Senado.

PEDRO. ¡Já, já! ¿Qué direis vosotros?

ADOLFINA. Sí, como de tí se fíe...

JUAN. ¡Já, já! Puesto que él se rie,
riamos tambien nosotros. (A su hija.)

ADOLFINA. Ríe, sí; si me quisieras
no estaria como estoy.
¿Te parece justo que hoy
no vaya yo á las carreras?

PEDRO. ¿Quién te lo impide?

ADOLFINA. Mamá
es la que me lo ha impedido.

PEDRO. Ponte otro cualquier vestido.

ADOLFINA. ¿De los que me han visto ya?
Primero...

PEDRO. A nadie le extraña...

ADOLFINA. No esperes que me convenza.

PEDRO. ¡Mujer!

ADOLFINA. ¿No te da vergüenza
que la hija de un par de España
por la de cualquier petate
se deje allí avasallar?

JUAN. Dice que es hija de un par. (A Pedro.)

ADRIANA. Pues no dice un disparate.

JUAN. ¡Cuñada!
PEDRO. ¡Orden!
ADOLFINA. Corriente;
con marcharme...
HONORATO. (Calmándola.) Por favor.
TERESA. (¡Pobre tio!)
PEDRO. Se da por
terminado el incidente.
Si te callas y eres buena,
de este disgusto en descargo,
mañana mismo te encargo
á París media docena
de trajes.
ADOLFINA. Bien, callaré.
Pero...
PEDRO. Lo dicho, Adolfina.
Ven aquí con mi sobrina
Teresa. Y tú siéntate (A Juan.)
y dime por qué has llegado
de un modo tan singular;
¿á qué vienes?
JUAN. A pasar
unos dias á tu lado.
ADRIANA. ¿Eh? (Con cierta molestia.)
PEDRO. ¡Bravísimo!
JUAN. Me dije:
de este San Miguel no pasa,
y aunque abandone mi casa,
pues soy yo quien la dirige,
váyase por lo que gano
al emprender tal partida;
ya que mi hermano me olvida,
iré yo á ver á mi hermano.
PEDRO. Mira, créeme: son tales
mis ocupaciones...
JUAN. Sí:
hombre, sabremos aquí
quién eres y lo que vales.
¡Egoista! ¡Comodon!
¡Descastado!

PEDRO. Lo que es eso
no es verdad, y te confieso...
JUAN. Cállese usted, dormilon.
PEDRO. ¿Dormilon? Pues tú verás
si te quiero y lo que valgo:
yo de noche nunca salgo
de casa; me gustan más
que el teatro y el café
mi butaca y mi camita.
JUAN. No lo jures.
PEDRO. Quien me invita
á un baile ó una *soiree*,
es mi mayor enemigo;
lo siento como lo hablo;
pero lo que es hoy, ¡qué diablo!
voy al teatro contigo
y con Teresa.
TERESA. Por mí...
ADRIANA. ¡Jesús, qué hombre; si lo ven!
JUAN. Deja que venga; tambien (A su hija.)
habrá butacas allí.
PEDRO. Tú nos acompañas. (A su hija.)
ADOLFINA. (Con cierta indignacion.) ¡Yo!
JUAN. Chica, ¿lo tomas á ultraje?
PEDRO. ¡Qué locura!
TERESA. Acaso el traje...
se lo impida.
ADOLFINA. Tal vez.
ADRIANA. No.
Sino que hoy nos toca el Real,
y ustedes, gentes de broma,
querrán ver *El tío Maroma*
ó la *Fiesta nacional.*
JUAN. Mucho que sí, ¿eh, Teresa?
Mejor que oir italianos...
¿Qué hacen hoy en Jovellanos?
HONORATO. Una opereta francesa.
JUAN. ¡Malo! No es para nosotros.
¿Y en la Comedia?
PEDRO. Si hay mil.

HONORATO. No recuerdo. Un *vaudeville*
francés.
JUAN. Oiga, ¿y en los otros?
HONORATO. Circo...
JUAN. No me satisface.
PEDRO. Apolo...
HONORATO. Apolo, *Frou-frou.*
JUAN. ¿En francés? ¡Por Belcebú!
¿Y en el Español, qué se hace?
HONORATO. Ahora nada.
JUAN. Lo comprendo,
segun se va usté explicando.
HONORATO. Como lo están arreglando.
JUAN. ¿Arreglando ó traduciendo?
PEDRO. ¡Buen *calembour*!
HONORATO. No está mal;
es muy ingenioso. (A Pedro.)
PEDRO. ¡Toma!
JUAN. Nada, chico, al *Tio Maroma*
y á la *Fiesta nacional.*
HONORATO. El arte marcha, y no hay modo
de detenerle por hoy.
JUAN. Que marche; pero yo soy
español antes que todo,
y hoy como siempre estarán
dentro de mi pecho escritas
mis dos obras favoritas:
el *Pelayo* y el *Guzman.*
HONORATO. Me lo explico.
PEDRO. ¿Qué cuestion
se discute? (A las niñas.)
TERESA. Preguntaba
yo á mi prima si se hallaba
satisfecha en la Pension.
ADOLFINA. Y yo le digo que sí,
y á mi afirmacion responde
Teresa...
TERESA. Justo, que dónde
estará mejor que aquí.
ADOLFINA. Como que es un privilegio

que no se goza en tu aldea,
y tú no tienes idea
de lo que es aquel colegio.

ADRIANA. Ni otro; no sabrá leer.

TERESA. ¡Vaya!

JUAN. ¿Con esa salimos?
¿Pero cree que venimos
del Africa tu mujer?

PEDRO. Es tan sumamente franca.

JUAN. Dí más bien provocadora;
aunque mi hija no es doctora,
ha estudiado en Salamanca;
y si con usted hablase
otro idioma...

TERESA. ¡Qué ilusion!
¡Ponerme á mí en parangon
con señora de tal clase!

PEDRO. Dejalá.

TERESA. Insulto gravísimo,
que toca ya en sacrilegio.
¿Decias que en el colegio?...

ADOLFINA. Me divertia muchísimo.
Verás; yo te contaré;
dibujo por la mañana;
dos veces á la semana
sesion de baile y *soiree.*
Antes de almorzar, leccion
de piano y de solfeo;
y por las tardes paseo,
gimnasia y equitacion,
lenguas, Historia Sagrada,
Moral; en fin, tonterías.

TERESA. ¡Vaya si te divertias...

JUAN. ¡Y si estás bien educada!

TERESA. ¿Y rezos?

ADOLFINA. Diariamente
ejercicios y funciones,
y un fárrago de oraciones.

TERESA. ¿En francés?

ADRIANA. Naturalmente.

TERESA. Si en lengua de otra nacion
rezara... será manía,
pero me pareceria
ménos pura mi oracion.

ADRIANA. ¿Por qué?

TERESA. ¿Por qué causa?

ADRIANA. Sí.

TERESA. Por una sola entre varias.
Porque las tiernas plegarias
que en mi niñez aprendí,
si son santas porque cuadre
á quienes las compusieron,
lo son más porque salieron
de los lábios de mi madre.
Y por eso, tal vez loca,
no hallo mi rezo bendito
si fielmente no repito
lo que bebí de su boca.

ADOLFINA. Deliciosa teoría.

ADRIANA. ¡Qué necia supersticion!

TERESA. Cada cual con su razon;
yo pienso así, tia mia.

ESCENA X.

Dichos y el MARQUÉS.

HONORATO. Segun dice Hugo...

MARQUÉS. *¡Messieurs!*

JUAN. *Vade retro.* (Por el Marqués.)

MARQUÉS. *¿Comment vous*
porte vous?

ADRIANA. *Très bien.*

MARQUÉS. (A Adolfina.) ¿Y tú?

PEDRO. Sí, español. (A su hermano Juan.)

JUAN. Yo pensé...

PEDRO. Mi hermano y su hija Teresa.
El marqués de Recio-Muro.

JUAN. *¡Ah!*

PEDRO. *Mi* consuegro futuro.

TERESA. ¿Tiene alguna hija? (Vuelve á venderse.)
MARQUÉS. Esa, (Señalando á Adolfina.)
que muy pronto lo será,
pues con mi hijo se casa.
JUAN. Pon á tu locura tasa. (Aparte á su hija.)
TERESA. ¡Ay padre!
JUAN. ¿Qué esperas ya?
MARQUÉS. ¿El señor es propietario?
Bien, hombre, ya me interesa.
¿Me vende usté una dehesa?
Se la pago bien.
JUAN. ¡Canario!
Así tan de sopeton...
Con calma lo pensaremos
y hablaremos.
MARQUÉS. ¿Qué hablaremos?
Es que tengo precision
cuanto antes de poseerla.
JUAN. Si la quiere usté arrendada...
MARQUÉS. He comprado una yeguada
y no sé dónde meterla.
JUAN. ¿Y á quién le ocurre comprar...
MARQUÉS. (A Pedro, que se está riendo.)
¿Se rie usted? Bien, pues ria.
El porvenir es hoy dia
de la raza caballar.
Y más que por un capricho,
por conveniencia...
TERESA. ¡Qué traza!
MARQUÉS. Quiero fomentar mi raza,
mi yeguada, mejor dicho.
PEDRO. ¡Oh!
MARQUÉS. ¿Conque usté y esta moza
son...
JUAN. Dos paletos.
MARQUÉS. Conformes.
¿De dónde?
JUAN. De Alba de Tormes.
MARQUÉS. ¿Provincia de Zaragoza?
JUAN. De Salamanca.

MARQUÉS. Igual es.

HONORATO. (Medio burlándose.)
¿No advierte usté en lo bizarros
que son charros?

MARQUÉS. ¿Cómo charros?

JUAN. Charros, sí, señor marqués.

ADOLFINA. ¿Le parece á usted qué fueros? (A Honorato.)

JUAN. Como suena y sin ambajes.

MARQUÉS. La verdad es que los trajes
son bastante charrangueros.

ADOLFINA. Lo propio me ha parecido,
mas porque usted no se ofenda...

JUAN. Estando limpia una prenda...

TERESA. ¿No te agrada mi vestido? (A su prima.)

ADOLFINA. ¿Con esa pregunta sales?
No me hace gracia ninguna.
Hija, si pareces una
muñequita de dos reales.

TERESA. Pues te puedo asegurar
que á los tuyos aventaja
en una cosa.

ADOLFINA. ¡Qué alhaja!

TERESA. No me ha costado llorar
el adquirirle, porque
yo le he bordado y cosido.

JUAN. Es decir, que este prendido...

HONORATO. ¡Já, ja! No se canse usté;
tal abuso de color...

ADRIANA. Y esos cintajos...

MARQUÉS. No marra:
una charra siempre es charra.

JUAN. Está usted en un error
crasísimo.

MARQUÉS. ¿Sí? Creia...

JUAN. Quien las trata con desden
es que no ha visto el Zurguen
las tardes de romería.
Allí, entre frescos ramajes,
lindas, gentiles, lozanas,
hay que ver á mis paisanas

lucir sus vistosos trajes.
Cada una vale un tesoro.
Trenzas de ramales prietos,
redondos rizos, sujetos
por gruesas orquillas de oro.
Arracadas, cuyas luces
la luz del sol abrillanta,
y en la mórbida garganta
perlas, cadenas y cruces.
Denguecillo ó esclavina
cubriendo casi el jubon,
que adornan con profusion
botones de plata fina;
y lujoso pañizuelo,
de lentejuelas bordado,
y manteo recamado
de azabache y terciopelo.
¡Qué cinturas, voto á tal!
¡Qué airosamente ceñidas
por las soberbias caidas
del picote ó delantal!
¿Y el zapato engañador?
¿Y aquella media calada?
¿Y la siempre ponderada
mantilla de recador
que á propios y á extraños choca
por su mágico poder,
pues convierte á una mujer
en vírgen de negra toca?
Vamos. Una maravilla
de belleza y perfeccion:
por algo las charras son
el orgullo de Castilla.
Y en fin, hija mia, ven,
no te salgan los colores;
ven aquí, que estos señores
no te han reparado bien.

HONORATO. Es guapa, sí, mas con todo...

ADRIANA. ¡Qué presuncion!

PEDRO. Siempre has sido

igual; ¿por qué habeis venido
á la córte de ese modo?

JUAN. Pedro, mira que desbarro.

PEDRO. No te ofendas, hombre.

JUAN. Sí:
charro soy, charro nací
y voy vestido á lo charro.

PEDRO. Está bien; pero Teresa...

JUAN. Igualmente, y yo creia
que al vernos así tendria
más encantos la sorpresa;
pero en fin, dame tu clac,
y puesto que lo prefieres,
desde mañana, si quieres,
me planto tirilla y frac.

PEDRO. Bien; pero hoy vais á lucir
vuestros trajes lindamente
en las carreras.

JUAN. Corriente.

PEDRO. Vamos todos.

ADRIANA. ¿Qué he de ir
yo con esos figurones?

TERESA. No, tio; no es regular.

JUAN. Vamos, sí, sólo por dar
á tu tia desazones. (A su hija Teresa.)

ADRIANA. Yo me quedo.

PEDRO. ¿Cómo qué?

JUAN. Le advierto á usted...

ADRIANA. Id vosotros.

JUAN. Que viniendo con nosotros
se fijarán en usté.

ADOLFINA. Sí, mamá, tiene razon.

JUAN. Como somos bichos raros.

PEDRO. Basta de necios reparos.
¿Temes la comparacion?

ADRIANA. Iremos juntos; corriente.

JUAN. Al fin será usted mi amiga.

ADRIANA. *No quiero* que se me diga
que soy poco complaciente.

TERESA. *Mucho.*

HONORATO. Y si está allí el Baron,
como tengo la evidencia,
y usted me da su licencia,
haré la presentacion.

PEDRO Vaya, que el tiempo se pierde:
¿te gusta este cuarto?

JUAN. Sí.

PEDRO. Pues... (Un reloj da las once.)

ADRIANA. Las once; para mí
ha sonado la hora verde.
(Toca un timbre y aparece un criado.)

JUAN. ¡Eh! ¿Qué dice esa señora?

ADRIANA. *Le absent.*

ADOLFINA. ¡Cuánta luz derraman
tus pendientes! (Por los que tiene puestos Teresa.)

PEDRO. Así llaman
los *parisiennes* á la hora
de tomar ajenjo.

MARQUÉS. (Desde el mirador y como hablando con Jorge.)
Pierdes
la apuesta.

JUAN. No lo sabia;
pero yo creí que habria
en París más horas verdes.

PEDRO. ¡Já, já!

MARQUÉS. Me estoy bromeando
con Jorge.

TERESA. ¿Está ahí?

JUAN. ¡Teresa!

HONORATO. Fíjese usté en la burguesa. (A Adriana).

MARQUÉS. ¡Qué bien está preparando
á *Nelson*!

ADRIANA. ¿Sonríe ó llora? (Mirando á Teresa.)
(El criado va ofreciendo copas de ajenjo.)

JUAN. Gracias.

TERESA. Mil gracias.

ADRIANA. (A Honorato, que le ha dado una copa.)
Merci.

JUAN. ¿Tú no bebes?

PEDRO. Para mí

aun no ha sonado la hora.
Yo suelo tomarlo fuera.

MARQUÉS. (Retirándose del mirador.)
Es un hermoso animal.

PEDRO. En mi casa, cada cual
come y vive á su manera.

MARQUÉS. Oiga usted, corregidor,
ó fiel de fechos, ó alcalde,
porque no será usté en balde
hermano de un senador.

JUAN. ¿Qué ocurre?

MARQUÉS. Sin reticencia
ninguna; ahora lo he pensado:
yo quiero ser diputado,
¿me vende usted su influencia?

JUAN. ¡Hombre!...

MARQUÉS. Sin titubear,
que yo corresponderé
como debo.

JUAN. ¡Pero usté
todo lo quiere comprar!

MARQUÉS. Pues es claro, y quien se ofende
es un tonto; yo me fundo
para ello, en que en el mundo
todo se compra y se vende;
y aunque no se tenga maña,
si se tienen capitales,
con un puñado de reales
compra usted á toda España.

JUAN. No tanto.

MARQUÉS. Aquí, en realidad,
un duro es una fortuna,
porque esta Nacion es una
pobre de solemnidad.

JUAN. Segun.

MARQUÉS. Y mande quien mande,
seguirá pobre y tendida
por los suelos, y en la vida
ha de volver á ser grande.
Mucho orgullo y vanidad

y bolsas poco repletas;
donde no hay cuatro pesetas
¿cómo ha de haber dignidad?

JUAN. ¡Pero hombre, tales ultrajes.

MARQUÉS. Yo no me paro en pelillos:
este es un país de pillos,
de chulas y de salvajes.

JUAN. ¡Caramba, señor Marqués!

PEDRO. Calla ó tómalo á chacota.

HONORATO. Que el charro es un patriota
acérrimo. (Al Marqués.)

JUAN. Mejor es
reirse, si no presumo...

MARQUÉS. (Mostrándole el cigarro con sortija de papel que se está fumando.)
Mire usted, acá *inter nos*,
lo que yo hago con los
patriotas: me los fumo.

HONORATO. Digáselo usted á él.

MARQUÉS. Como me pinche, en seguida.

ADRIANA. ¡París! ¡París de mi vida!

HONORATO. No está ninguno en el fiel,
porque á mí se me figura
que nuestro empobrecimiento
nace del decaimiento
que hay en la literatura.
No se halla aquí ni por Dios
un mediano periodista,
ni un autor, ni un novelista
de nota.

JUAN. ¿Y Perez Galdós?

MARQUÉS. ¿El que pone en las cubiertas
los colores nacionales?
Ni por un millon de reales
leo esos libros; hay ciertas
personas que al Saladero
las mandaba yo á escribir.
Vamos, no puedo sufrir
lo cursi y lo patriotero.

HONORATO. No; yo no llevo mis odios
hasta negarle...

JUAN. ¡Pues ya!
HONORATO. Usted, por supuesto, habrá
leido sus *Episodios.*
JUAN. Sí, señor, y ésta tambien,
y hemos pasado unos ratos,
¿verdad?
ADRIANA. *¡Mon Dieu,* qué arrebatos!
ADOLFINA. ¿Cuál te gusta más?
TERESA. Bailen.
Le sé casi de memoria.
JUAN. Yo le recitaba al vuelo.
ADRIANA. ¡Ay! No, no!
TERESA. Como mi abuelo
tomó parte en la victoria.
ADOLFINA. ¿Qué victoria?
JUAN. ¡Caracoles!
Esto tiene gracia.
PEDRO. Sí.
ADOLFINA. ¿Pero tú crees que allí
vencieron los españoles?
¡Já, já, já!
TERESA. ¿Luego me hice
yo la ilusion?
ADOLFINA. ¡Qué ignorancia!
Lee la Historia de Francia
y verás lo que te dice.
TERESA. ¡Ah, ya!
PEDRO. ¿Y mi hermano qué haria
si en aquel arco triunfal
viese Bailen?
JUAN. Ante tal
inscripcion me reiria.
HONORATO. Nada, créame usté á mí;
aquí, por desdicha nuestra,
no hay una pluma maestra
que se iguale á las de allí.
Y si yo en la prensa luzco
como un meteoro vago,
es porque todo cuanto hago
al escribir lo traduzco.

JUAN. Sí, ya lo habia supuesto.
HONORATO. Eso es una pena, un dolor.
JUAN. Y usted, señor senador,
¿qué nos dice á todo esto?
PEDRO. Que me teneis aburrido
con discusion tan pesada,
y que no me falta nada
para quedarme dormido.

ESCENA XI.

Dichos.—COSME y DAMIAN, vestidos muy á la inglesa, con trajes iguales Llevan gemelos de carreras, con sus correspondientes estuches, y dos cartones colgados del ojal

HONORATO. Decia Dumas...
COSME. *Bon jour.*
DAMIAN. *Bon jour.*
MARQUÉS. Mis dos herederos.
Son los tipos verdaderos
del *Sport.*
ADOLFINA. Mi novio. (A su tio Juan y Teresa.)
PEDRO. Abur,
si es que no quieres seguirme
á tu cuarto.
ADOLFINA. A buena hora. (A Cosme y Damian.)
JUAN. Espera un poco. (Que ahora
me toca á mí divertirme.)
¿Para qué es ese carton?
COSME. Vale cuarenta pesetas.
JUAN. ¡Demonio!
COSME. Son las tarjetas
de libre circulacion.
DAMIAN. ¡Qué hermoso dia tenemos!
COSME. Jorge nos ha entretenido. (A Adolfina.)
¿Pero acaso yo te olvido?
DAMIAN. ¿Acaso no te queremos?
No te enfades.
COSME. Sé clemente.

DAMIAN. Verás cuando seas nuestra.
ADOLFINA. ¿Cómo cuando sea vuestra?
DAMIAN. Quiero decir moralmente.
MARQUÉS. No se separan jamás.
DAMIAN. Y así vivimos en calma.
COSME. Somos dos cuerpos y un alma.
DAMIAN Un corazon nada más.
COSME. Lo que al uno martirice...
DAMIAN. Al otro sirve de ofensa.
COSME. Lo que uno dice...
DAMIAN. Otro piensa.
COSME. Lo que uno piensa...
DAMIAN. Otro dice.
JUAN. Es chocante.
HONORATO. (¡Y estos lelos
me han logrado desbancar!)
JUAN. Bueno, para terminar:
son mellizos.
MARQUÉS. No, gemelos.
JUAN. ¿Y van ustedes de viaje?
COSME. ¡Qué salida!
DAMIAN. A las carreras.
JUAN. Como veo las carteras.
COSME. ¡Já, já, já! ¿Te gusta mi traje?
ADOLFINA. No es feo.
JUAN. (Contra el *spleen*
el único.)
DAMIAN. Es el que priva.
Somos una copia viva
del último figurin.
COSME. ¿Y las chalinas?
TERESA. ¡Ay, tio,
me quedo con mis paisanos!
ADOLFINA. ¡Pues, digo, no estais ufanos!
MARQUÉS. Las dos son regalo mio.
Esto no lo hay en su tierra.
JUAN. Son muy bonitas.
MARQUÉS. Iguales.
Los colores nacionales.
JUAN. *¿Nacionales?*

MARQUÉS. De Ing'aterra.
Consuegro, ¿os quedais vosotros? (Despidiéndose.)
COSME. Sí; luégo iremos.
MARQUÉS. Corriente,
hasta despues. (Vase.)
JUAN. ¿Y esta gente
se reia de nosotros?
PEDRO. Mírame con qué paciencia
aquí te estoy esperando.
JUAN. Bien, hombre; vamos andando.
Señores, con su licencia. (Vanse.)

ESCENA XII.

Dichos ménos PEDRO y JUAN. A su tiempo criado y una doncella.

COSME. Oye, tú, ¿quiénes son esos?
DAMIAN. Aquí tiene usté el programa:
corren *Byron*, *Nelson*, *Brahama*,
Babieca.
HONORATO. Llevo diez pesos
contra cinco.
TERESA. (¿A qué esperar
y por qué he venido aquí?)
DAMIAN. Una *pul*, una *pul*.
COSME. Sí.
ADOLFINA. Yo tambien quiero jugar.
HONORATO. *Nelson*, como de seguro
ha de ganar, excluido.
COSME. Elige á *Byron*.
ADOLFINA. Yo pido...
ADRIANA. Calma; la apuesta es de á duro.
DAMIAN. Bien; inscríbame usté á mí.
Damian, *Brahama*.
ADOLFINA ¿Y tú, mamá?
(Adriana mira á Honorato como para preguntarle qué caballo elige.)
HONORATO. Yo soy *Byron*.
ADOLFINA. ¿Usted? ¡Cá!
HONORATO. Seré *Babieca*.

ADOLFINA. Eso sí.
Byron soy yo y me haré rica,
porque á todos ganaré.
¿Y tú no apuestas? (A Teresa.)
TERESA. Yo...
ADRIANA. ¿Eh?
¿Qué sabe de esto esta chica?
Te empeñas en que ha de ir
y no sabes lo que te haces.
HONORATO. Estas palomas torcaces...
ADOLFINA. Pues la voy á prevenir.
Tú, que no seas atroz,
ni montaraz, ni aturdida,
y si alguien te hablase, cuida
de no darle alguna coz.
TERESA. ¡Cómo!
ADOLFINA. Si no, no te llevo.
TERESA. Descuida, que no daré
ninguna.
ADOLFINA. Veremos.
TERESA. Sé
todo lo que á mí me debo.
ADOLFINA. ¿Lo que á tí?... ¿Quieres callar?
Tú con esa tosca saya
crees valer?...
TERESA. ¡Vaya!
ADOLFINA. ¿Vaya?
TERESA. Una cosa regular.
ADOLFINA. ¡La tonta!
ADRIANA. ¡La rica fembra!
HONORATO. Tiene un carácter extraño.
ADRIANA. Irresistible.
COSME. ¿Y hogaño,
qué tal ha sido la siembra?
TERESA. ¡Oh! Yo estar aquí no puedo.
ADOLFINA. Damian, ¿no querias novia?
TERESA. *Esta atmósfera me agobia.*
TODOS. *¡Já, já!*
ADRIANA. ¿Y habrá quien?...
TERESA. Me quedo.

ADRIANA. Llevadla á su habitacion.

ADOLFINA. Que la lleve una doncella.

(Toca un timbre y dice al criado que sale.)

Mavy.

HONORATO. Burlaos de ella.

ADOLFINA. Me ocurre una diversion.

(Dirigiéndose á la doncella que aparece.)

Conduisez mademoiselle dans la chambre qui est á coté de la mienne.

CRIADO. *Mademoiselle peut aller chez elle quand elle lui plaira.*

TERESA. *Faites-moi donc le plaisir de me conduire.*

HONORATO. ¡Bonito chasco!

ADOLFINA. ¡Já, já!

ADRIANA. Pero esta charra ¿quién es?

HONORATO. ¡La paleta!

ADRIANA. ¡Habla francés!

ADOLFINA. Y mejor que tú, mamá. (Riéndose.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La escena representa una salita caprichosa y elegantemente amueblada. Tres puertas al foro, que dan á una galería por la que se ve el jardín. Puerta lateral izquierda y chimenea con candelabros, reloj, etc., al otro lado. La puerta central del foro debe ser mayor que todas y sin cortinaje, con el objeto de que á su tiempo se vean bien las figuras. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO.

¡Já, já! Ninguno me ha visto.
Esto es lo más apartado
del hotel, y como dicen
á veces en los teatros,
hago *mútis* y me escurro.
¡A ver! Las once y tres cuartos:
casi dos horas de sueño
la tal fiesta me ha robado.
¡Y que no hay gente! ¡Dios mio!
No se puede dar un paso
por los salones. Ahora,
como están en el descanso,
han invadido el jardin
y el *buffet*. ¡Qué *maremagnum*!
He saludado á unos pocos
y ya he cumplido. ¡Y mi hermano!
¿*Pues* no se ha puesto de frac?
A nadie le he presentado
por temor á sus rarezas;

pero está por ahí danzando
como si tal cosa: vaya,
me refugio en este cuarto;
ya me avisará Mauricio
cuando se esté terminando
la fiesta. ¡Já, já! Señores,
divertirse; hasta otro rato.

ESCENA II.

D. JUAN, COSME, DAMIAN, JORGE y HONORATO.—Todos con copas, pasteles y mucha algazara.

COSME. ¿Cómo que yo no galopo?
DAMIAN. ¿Cómo que no galopamos?
JUAN. ¿Que no son dos galopines
estos dos?
JORGE. ¡Já, já!
HONORATO. Despacio.
COSME. Una apuesta.
DAMIAN. Cinco libras.
JUAN. ¿De qué?
DAMIAN. De oro.
JUAN. ¡Canastos!
JORGE. Donde se prueba un ginete
es en un *cauter* bien dado.
COSME. Pues á darle aquí ahora mismo.
JUAN. ¿Va usté á correr?
COSME. ¡Campo! ¡campo!
Toma esa silla y yo esta.

ESCENA III.

Dichos y D. PEDRO.

PEDRO. Pero, señor, ¿qué escándalo
es este?
JUAN. ¿De dónde sales?
DAMIAN. ¡Ar, que se habia encerrado
para dormir!

PEDRO. Es mentira.
DAMIAN. Es verdad.
COSME. Es verdad.
PEDRO. Falso:
es que me sentí indispuesto.
JUAN. Pues entonces vaya un trago
de Brandy ó de Kirs. Sobrino,
¿sabes?...
JORGE. ¿Qué?
JUAN. Que no eres manco.
JORGE. No; pues no he bebido mucho.
JUAN. ¿Que no has bebido? ¡Canario!
Llevas ya botella y media.
JORGE. En Lóndres me bebí cuatro
por cierto pique.
JUAN. ¡Demonio!
JORGE. Para mí el Brandy es un bálsamo,
más que un licor.
JUAN. Eso dicen
todos los... hipocondriacos.
Periquillo, anda con ella.
PEDRO. Vaya por tí.
JUAN. ¿*Monsieur* Honorato?
PEDRO. ¡Pero, hombre, qué gracia me hace
verte con frac y á tus años
convertido en un polluelo
de nuestro *hig-liffe*!
JUAN. Me paso
con armas al enemigo.
Dice un refran castellano:
«Donde fueres, lo que vieres;»
y yo lo que veo hago.
Además, que estas costumbres,
y esta vida y este trato
empiezan á entusiasmarme.
Antes de tres dias hablo
el francés; ¿verdad, maestro?
PEDRO. ¿*Usted* tambien se ha encargado?
HONORATO. Con mi parte de egoismo.
Quiero que este español rancio

se vaya, valga la frase,
poco á poco afrancesando.
Y cuando aprenda ese idioma,
y tranquilo y sosegado
le compare con el nuestro,
dirá, si quiere ser franco,
la diferencia que existe
entre los dos.

PEDRO. Es un sabio.

HONORATO. El uno es pobre, ampuloso;
el otro concreto, gráfico,
elegante, distinguido,
tan pulcro y tan delicado,
que sólo debiera hablarse
con frac y con guante blanco.

PEDRO. En eso no miente.

JUAN. Vaya.
Yo por de pronto he notado
que de un modo se pronuncia...

PEDRO. Para mí el mayor trabajo.

JUAN. Y de otro modo se lee,
y de otro se escribe, y vamos,
eso es siempre una ventaja.

PEDRO. Cierto: ¿y Teresa?

JUAN. Roncando.

PEDRO. ¡Quién fuera ella!

HONORATO. ¿No ha querido
lucir sus muchos encantos
en la fiesta?

JUAN Ya comprende
usted que no se ha educado
para esto; se contenta
con que mañana temprano
la cuente yo lo que he visto.

HONORATO. (¡Pero qué tuno tan largo
es este tio!) Pues yo
creí que alguno de tantos
ataques ó disgustillos
ligeros..

JUAN. ¿Eh?

HONORATO. Y ahora caigo
que esta mañana, al cruzar
el pasillo de su cuarto,
la ví hablar con Adolfina;
y en tono bastante alto,
cual refiriéndose á un hombre
que su fé hubiera burlado,
decia: «¡Traidor, perjuro,
infame, pérfido, ingrato,
infiel, aleve!...

JUAN. ¡Echa, echa!

HONORATO. ¡Desleal!»

JUAN. No haga usted caso;
es defecto del idioma:
¡como es tan pobre en vocablos!

PEDRO. ¡Si yo pudiera escurrirme
con disimulo!...

(Pretende hacerlo y es sorprendido por Cosme y Damian.)

JUAN. (Este sándio
ya la ha visto.)

COSME. ¡Que se escapa,
que se escapa!

PEDRO. No me escapo,
señores; es que queria
ver la gente.

JUAN. Por si acaso.

DAMIAN. Oye, tú, ¿quién es aquella?

JUAN. Vamos á jugar un rato
al tresillo.

PEDRO. Como gustes;
estaré al ménos sentado.

JUAN. Tengo unos napoleones
que me hacen cosquillas.

PEDRO. ¿Vamos?

JUAN. Qué, ¿no vienes tú, sobrino?
Yo no entiendo á este muchacho:
el héroe de la noche,
que debiera estar tan ancho
y tan orondo...

JORGE. Me aburre

la gente y el espectáculo.

PEDRO. Lo que no sean carreras...

JUAN. ¡Qué genio!

HONORATO. ¿Por de contado
que irá usted á la gran *Derby*
de Lóndres?

JORGE. Sin duda: parto
dentro de seis ú ocho dias.
Es fiesta á la que no falto
por todo el oro del mundo.

PEDRO. ¡Hola!

MARQUÉS. ¡Vengo entusiasmado! (Saliendo.)

ESCENA IV.

Dichos y el MARQUÉS.

Estoy loco de contento.

PEDRO. ¿Por qué?

MARQUÉS. Ya resueltamente
se ha declarado el Gobierno
protector.

HONORATO. Hombre, ¿de veras?

MARQUÉS. El ministro de Fomento
me lo ha dicho hace un minuto,
y pronto saldrá el decreto
para abrir el *Libro de Oro*
en España.

JUAN. ¿Con qué objeto?
¿Con el de inscribir los nombres?

MARQUÉS. Orígen y nacimiento
de los caballos de raza.

JUAN. ¡Ah, vamos!

MARQUÉS. Ahora sabremos
cada cuál de quién desciende.
No pasará lo que en *Epsom*
sucedió el año pasado,
que en la gran Derby corrieron
dos hijos de Cárlos Quinto
y eran bastardos.

JUAN. Yo creo
que no hubo más que uno:
don Juan de Austria.

MARQUÉS. Yo sostengo
que fueron dos

JUAN. Pues la historia
dice que Cárlos primero.

MARQUÉS. ¡Mire usted por dónde sale!

PEDRO. ¡Está loco!

MARQUÉS. Por supuesto,
ya se lo he dicho al ministro:
no es suficiente lo hecho.
Hay que nombrar una Junta
y votar un presupuesto
importante. Si yo voy
á las Córtes, como pienso,
que me vengan con pensiones
y cuadruchos y embelecos.
¡Pintores! ¡Pintores! ¡Bah!
¡Caballos! ¡Caballos!

JUAN. Eso.

PEDRO. ¡Caballos! ¡Caballos!

JUAN. Vaya.

COSME. Vente, Damian, que allí veo
á Adolfina. (Vanse.)

MARQUÉS. Yo quisiera...

JUAN. ¿Cómprarme algo? Le temo.

MARQUÉS. Que bailara usté una polka
con su cuñada.

JUAN. No puedo
complacer á usté, Marqués;
no, no es desaire.

PEDRO. Lo creo.

JUAN. No sé bailar.

PEDRO. Y aunque sepas,
haces muy bien.

MARQUÈS. Pues lo siento,
porque estoy comprometido
con dicha señora, y tengo
que jugar una partida

de tresillo.

JUAN. Lo celebro.
Nosotros tambien.

MARQUÉS. Entonces
puede usté hacer de tercero.

JUAN. No, señor; de cuarto ó quinto.

PEDRO. ¿Se queda usted?

JORGE. (A Honorato.) Un momento.

JUAN. (¿Por dónde andará Teresa?) (Vanse.)

JORGE. Tenemos que hablar.

HONORATO. Hablemos.

ESCENA V.

JORGE y HONORATO.

JORGE. ¿Usted ha visto á mi prima?

HONORATO. ¡Qué pregunta! ¿Soy yo ciego?

JORGE. Quiero decir esta noche.

HONORATO. Pues esta noche. Y sospecho
que no todos en la casa
estarán en el secreto.
La Charrra es mujer que vale;
tiene que vengar desprecios
recibidos estos dias,
y sin pararse en los medios
se está vengando de un modo
maravilloso, soberbio.
Adelantándose, astuta,
de su tia á los deseos,
fingió renunciar al baile
de esta noche, y, en efecto,
ahora se encuentra en la fiesta,
admirando y seduciendo
á todos por su elegancia,
su belleza y su talento.
Aquel traje primitivo
se ha trocado en uno nuevo
de *soirèe*: aquella cabeza
muestra distinto cabello,

y hasta su voz, su semblante,
sus maneras y su aspecto
son diferentes; á usté
le sorprende todo esto,
¿no es verdad? El amor propio,
unido al amor ajeno,
como el gran Balzac decia
en su obra .. no recuerdo
en cuál, pero en fin, lo ha dicho,
hacen milagros.

JORGE. Convengo.
¿Pero andar por los salones
sin que la conozcan?...

HONORATO. Eso
tambien se explica; pues pasan
los convidados de ciento,
y entre el natural desórden...
y, en fin, en último término,
cuando sea descubierta
habrá logrado su objeto.

JORGE. ¿Y mi mamá nada sabe?

HONORATO. Casi estoy seguro de ello,
porque es de quien más esquiva
las miradas. Yo un momento
que la ví sola, y á trueque
de pasar por indiscreto,
quise hablarla, mas no pude,
porque lo impidió un tercero:
El baron de *Clignancourt.*

JORGE. ¿De Clignancourt?

HONORATO. ¡Ah, zopenco!
que no se le he presentado
á usted: es un caballero
de la más alta nobleza,
á quien conocí en *Bordeaux*
y simpatizamos mucho,
porque es escritor de mérito
y corresponsal de varios
periódicos extranjeros.

JORGE. ¿Y ha bailado con Teresa?

HONORATO. Sí; una vez por lo ménos.
JORGE. ¿Y la conocia?
HONORATO. ¡Vaya!
Digo: supongo.
JORGE. No entiendo.
HONORATO. La conoció en las carreras,
donde, con permiso prévio
de su mamá de usted, yo
le presenté; y hasta creo
que de antiguo se conozen
Adolfina y él (y pienso
que he caido entre sus redes
al servirle de instrumento
para...)
JORGE. (¡Querré yo á mi prima!)
HONORATO. Con quien formó lazo estrecho
de amistad fué con su tio
de usted; le encantó su genio,
su *sans façon* y su traje
de provinciano, y tan fresco
le llama *monsieur Charró.*
JORGE. Ahora bien y sin rodeos:
¿á usted le gusta Teresa?
HONORATO. ¡Hombre... á mí! (¿Cuál es su intento?)
La admiro y me gusta mucho:
¿á quién no gusta lo bueno?
Mas de admirarla á quererla...
JORGE. ¿De verdad?
HONORATO. Yo soy sincero.
JORGE. Pues enamórela usté.
HONORATO. Si ya he dicho que no siento
amor ninguno hácia ella.
JORGE. Precisamente por eso.
HONORATO. ¡Caracoles!
JORGE. ¿Qué le asombra?
Si usted no la ama, no hay miedo
de que emprenda su conquista,
mientras que yo me convenzo.
HONORATO. ¿De qué?
JORGE. ¿De qué? Buena es esa:

de si en realidad la quiero.
¿No comprende usted que trato
de sondar mis sentimientos?

HONORATO. ¡Ah! ¡Ya! Me da usted en la farsa
un papel poco halagüeño,
querido Jorge.

JORGE. Es favor
que á pagar me comprometo.

HONORATO. Y hay que tener muy presente
que las bromas con el fuego...

JORGE. Eso correrá á mi cargo,
porque yo estaré en acecho
para que usted no se queme.
¿En qué quedamos? El tiempo
urge.

HONORATO. (¿Qué hacer? De Adolfina
ya esperar nada no debo:
si no se casa con Cosme
es porque se halla por medio
el Baron, al que prefiere,
sin duda; ambos se vendieron
en las carreras: no hay más.)
Está convenido (juego
el albur): la haré el amor...
(por mi cuenta.)

JORGE. Gracias; pero
conste que seré un magyar.

HONORATO. ¿Qué importa? (Yo no soy lego
y te buscaré las vueltas.)
Ea, ya que no hay remedio
voy á lanzarme ahora mismo.

ESCENA VI.

Dichos y ADRIANA, muy azorada.

ADRIANA. ¡Gracias á Dios que le encuentro
á usted!

HONORATO. (Ya no me acordaba
de que no me pertenezco.)

ADRIANA. Vamos; vamos en seguida.
Hay un sin fin de extranjeros
en los salones, y es claro,
me asedian á cumplimientos
y vienen á hablarme todos,
y como no les entiendo,
figúrese usted.

JORGE. Manías.

ADRIANA. ¡Por el santísimo cielo!
No me deje usté, Honorato;
corramos. ¡Ay, qué mareo!
Sin usted estoy perdida,
perdida.

HONORATO. (Así fuera cierto,
que cuando tú me encontraras...)

ADRIANA. Por aquí.

HONORATO. Espéreme: vuelvo. (Vanse.)

ESCENA VII.

JORGE.—Despues TERESA y el BARON.

JORGE. Es el recurso mejor,
porque no se presta á engaños.
¿Si despues de tantos años
renacerá nuestro amor?

TERESA. (Aquí está, no me engañé.)

JORGE. ¡Teresa!... (Ni aun me saluda.
¿Será este el Baron? No hay duda.
Pues me quedo, y fingiré
como ella finge.)

TERESA. (Al baron.) *Merçi*,
aquí descansar prefiero.

BARON. ¿Quién es ese caballero?

TERESA. ¡Ay! ¿Cuál?

BARON. Ese que está ahí.

JORGE. (Ninguna ocasion como esta.)

BARON. Parece inglés.

TERESA Eso es
seguramente: un inglés

aburrido de la fiesta.

JORGE. ¡Ah!

BARON. Ya *es sentado.*

TERESA. (Mejor.)

BARON. Y bien; no era esto previsto.

TERESA. Usted quiere, por lo visto,
imitar á ese señor;
¿no es cierto?

BARON. Naturalmente:
estando el inglés ahí,
puedo ser con usté aquí
sin molestia de la gente.

TERESA. Vaya en gracia.

BARON. Sólo dos
minutos.

TERESA. Siéntese y hable.

BARON. ¡Oh! Que es usted adorable,
señorita. ¡Oh, *mi buen Dios!*
Permitid que vuestra mano
de nieve...

TERESA. Quedito: ¿hay tal?

BARON. *Pardon*: me expreso tan mal
en idioma castellano,
que pretendo *hacerme ver*
de un modo más elocuente.

TERESA. ¡Háse visto el inocente!...

BARON. Yo no he querido ofender.
En Francia y en las demás
naciones, un beso...

TERESA. Sí;
cuestion de costumbre: aquí
se aprecian en algo más;
pues aunque no luzcan palmas,
cuando hay honra en dos amantes,
no cambian un beso si antes
no le han cambiado sus almas.

BARON. ¡Oh, qué hermoso corazon!
Más bello no se concibe.
¡Ah, Teresa!

TERESA. Hombre, usted vive

en constante admiracion.

BARON. Si estoy mirándola á usté,
¿no es natural que me asombre?
Yo aseguro, por mi nombre,
que no me perdonaré
haber pasado mi vida
recorriendo sin cesar
el mundo.

TERESA. Y no visitar
esta tierra prometida.
Porque este suelo español
aventaja á cualquier suelo,
y este cielo es un gran cielo,
y este sol es un gran sol;
y por fin, aquí se encierra
el placer de sus placeres,
puesto que están las mujeres
más hermosas de la tierra.
¿No es esta la conclusion?

BARON. Es cierto, y añadiré
que entre todas...

TERESA. Es usté
graciosísimo, Baron.

BARON. ¿Hablo acaso disparates?

TERESA. Nada de eso: es que me engríe.

BARON. Si usted de mí se sonríe
soy en la casa de Orates,
porque usted me maravilla...

TERESA. ¡Já, já, já!

BARON. Muy sériamente.

TERESA. Pero, Baron, francamente:
¿me juzga usté una chiquilla
que al primer hombre que llega
rinde todo su albedrío?
¿Soy yo sorda, señor mio?
¿Soy yo, por ventura, ciega?
¿Se me esconde que Adolfina?.

BARON. ¡Cómo! ¿Llegó usté á saber?

TERESA. ¡Ay, amigo, la mujer,
cuando no sabe, adivina!

Y el amor nunca es discreto
ni puede nunca ocultarse.
No quiera usted disculparse,
porque estoy en el secreto.
Apasionado ó celoso
llegó usted el otro dia
buscando á la que le unia
un compromiso amoroso.
Y creyéndola encontrar
constante á la fé jurada,
sorprendió usted á su amada
en vísperas de entregar
su corazon y su nombre
al que juró nueva fé,
y á poco más la halla usté
perteneciendo á otro hombre.
Quién aquí el culpable ha sido
no me toca averiguar,
ni quién ha dado lugar
á ese desden ó ese olvido.
Lo que sé, si ella es la ingrata,
es que con doble teson
usted, querido Baron,
de reconquistarla trata;
y por lograr sus desvelos
se vale, al verse apurado,
de un recurso tan gastado
como infalible: ¡los celos!
De los celos, sí, señor;
¿quién se resiste á su embate,
si ellos son el acicate
más eficaz del amor?
Nada; no se canse usté,
porque yo no me incomodo.

BARON. ¿De veras?

TERESA. Despues de todo,
me he divertido.

BARON. ¿Sí, eh?

TERESA. *Estas son armas legales,*
de las que todos usamos

siempre que nos encontramos
en situaciones iguales.
Usted de mí se valió
y de su ingenio se ufana...
En hora buena: mañana
ú otro dia tal vez yo
me cobre este beneficio
en moneda semejante.
¿Quién sabe si en este instante
me presta usté igual servicio?
¡Jesús! Charlando y charlando
me olvido de que, impaciente,
un sinnúmero de gente
me está en el baile esperando.
¿Con quién me toca walsar?
¿Con el vizconde del Rio?
No: con el Marqués... ¡Dios mio!
¡Lo que tengo que bailar!
La schottis, el rigodon...
Quieto aquí, señor celoso;
¡el mundo es tan malicioso!...
¿Já, já, já! *Au revoir*, Baron. (Vase.)

ESCENA VIII.

JORGE y el BARON.

(Jorge se levanta y con la seriedad de un inglés da la mano al Baron, el que se queda muy sorprendido.)

JORGE. Zamquin.

BARON. ¿Por qué solicita
mi mano? ¿Mister? Se va
sin explicármelo... ¡Ah!
¡Tu tu tu! En paz, señorita.
Y bien; nada se ha perdido,
ni esto produce mi daño;
el triunfo, si no me engaño,
es por mí ya conseguido;
porque Adolfina se siente
con dolor de mi desdén,

y á poca costa... *tre bien*;
yo marcho perfectamente.

ESCENA IX.

Dicho.—ADOLFINA, desde una de las puertas (derecha actor) de la galería.)

ADOLFINA. Es Teresa, sí; Teresa:
se ha recatado el semblante
y huyó al verme. ¡Y qué elegante!
No salgo de mi sorpresa.
Nadie lo debe saber,
porque á mí nadie me ha dicho...
¿Será venganza ó capricho?
Ambas cosas pueden ser.
¡Ah! ¿La habrá visto el Baron?
Al punto he de cerciorarme.
—¡Hombre, podia yo estarme
esperando en el salon!
Le he concedido este wals
despreciando á otros, y usted...

BARON. Renuncio tanta merced
en favor de los demás.

ADOLFINA. ¡Cómo! ¿Tal desaire me hace?

BARON. No quiera usted, inclemente,
que yo escuche oficialmente
el anuncio de su enlace.
Por eso vine á esconder
en este rincon mi pena.

ADOLFINA. ¿Y no hubo algun alma buena
en figura de mujer
qne le consolase?

BARON. No.

ADOLFINA. Pues mi prima...

BARON. ¿Acaso está
en el baile? ¿Dónde?

ADOLFINA. (¡Ah!
Respiremos.)

BARON. (Me creyó.)

ADOLFINA. (*Sin embargo*, se ha vendido

y finge que mi desdén...)

BARON. (Los celos ciegan tambien;
si es cegada la he perdido.)

ADOLFINA. Decia yo, y no me pesa
aconsejarle á usté así,
que de vengarle de mí
ya se encargará Teresa.

BARON. (¡Hola!)

ADOLFINA. ¿Padezco un error?

BARON. En el dia sí, lo juro;
mañana no lo aseguro.
Si me prefiere...

ADOLFINA. ¡Traidor!

BARON. *¡Oh, mi Dios!* Ella me engaña
y yo *estoy* el desleal:
esto tiene mucha sal,
segun se dice en España.

ADOLFINA. ¿De modo que son quimeras
que yo me he forjado?

BARON. Y bien...

ADOLFINA. Lástima que no se den
todos los dias carreras
iguales á las de marras;
y yo... ¡Jesús! la detesto,
le sirva á usted de pretesto
para enamorar á Charras.

BARON. Pero...

ADOLFINA. ¡Traidor! Lo repito,
que harto tiempo me callé.
¿De qué se ha prendado usté?
¿De aquel traje tan bonito?
¡Qué gusto y qué novedad
tan grande!

BARON. Cierto que sí.

ADOLFINA. ¡Y qué bien la sienta!

BARON. A mí
me hace placer, la verdad.

ADOLFINA. ¡Dios mio, y no se desdeña
de elogiarla! (Llorando.)

BARON. Vamos, vamos.

ADOLFINA. Quita; déjame.

BARON. Seamos
serios, *mi cara pequeña.*

ADOLFINA. Si ha logrado conquistarte
y á mí me diste al olvido,
¿á qué entonces has venido
á mi casa?

BARON. ¿A qué? A buscarte.
Hé aquí qué es la cuestion:
yo soy venido á buscar
á la mujer singular
que adora mi corazon:
á la bella pensionista,
modelo de candidez,
que ví por primera vez
en *Pau*, y ante cuya vista
quedé ciego y fascinado,
y casi caí de hinojos,
como aquel que ante sus ojos
ve el ideal que ha soñado.
Busco á la que me juraba
eterna fidelidad.
Ahora bien; dí la verdad:
¿encontré á la que buscaba?
Contéstame francamente.
¿Ves? No te deja el rubor,
y ni aun posees el valor
de mirarme frente á frente.

ADOLFINA. ¿Por qué tú no me escribias,
segun convenimos, dí?

BARON. ¡Oh! Para probar así
el amor que me tenias.

ADOLFINA. ¡Qué escusa tan ingeniosa,
y sobre todo qué nueva!

BARON. Yo te juro...

ADOLFINA. Pues si es prueba,
es bastante peligrosa.

BARON. Habiendo amor...

ADOLFINA. ¿Y llegar
y á otra?...

BARON. No prosigas.
ADOLFINA. ¿Eh?
BARON. ¿Y oir, apenas llegué,
que ibas con otro al altar?
¡Oh, mi Dios! Cuando me acosa
esa idea, por vengarme
de tí, no digo casarme
con Teresa, que es preciosa
y sabe lo que es querer
y reune mil encantos,
sino...
ADOLFINA. ¡Por todos los santos,
no hables más de esa mujer!
BARON. ¿Tienes por ventura?...
ADOLFINA. Celos.
¿Por qué no lo he de decir?
BARON. ¿Me amas y te vas á unir
á otro hombre?
ADOLFINA. No lo sé.
BARON. ¡Cielos!
ADOLFINA. Creí haberte olvidado
y mi pecho se engañó.
BARON. ¡Ah, mi buena niña!
ADOLFINA. No;
no te entregues demasiado
á ese loco frenesí.
BARON. ¿Pues de confesar no acabas?...
ADOLFINA. Como tú de mí dudabas,
yo tambien dudo de tí;
y mientras cierta no esté...
BARON. Entonces tú serás mia.
ADOLFINA. Ya lo veremos. (¿Qué haría?
¿Cómo me convenceré?
¡Ah! Teresa... Sí, sí.) ¡Adios!
BARON. *¿Eres ida* sin que hablemos?
ADOLFINA Por ahora evitar debemos
que nos vean á los dos
juntos. Ya no te veré
hasta mañana. (Le cito
en su nombre por escrito

y...)

BARON. Pero antes júrame
que no será *hecha* esa union.

ADOLFINA. Si se empeñan en casarme,
soy muy capaz de marcharme
otra vez á la Pension. (Vase.)

BARON. ¡Ah! Sí; bendigo mi estrella:
no habia pensado en esto:
á la Pension. ¡Gran pretesto!
¡Magnífico!... Y yo tras ella.

ESCENA X.

BARON y D. JUAN.

BARON. ¡Oh, *monsieur Charró*!...

JUAN. ¿Qué tal?

BARON. ¡Mi Cicerone galante!
Tre bien; pero hace un instante
me indispuse.

JUAN. Es natural:
estos vinillos... ¡Jé, jé!...
Se le iria á usted la mano
en el *buffet* y...

BARON. ¡Qué *anciano*
tan adorable es usté!
¡Qué simpático!

JUAN. *Merçi.*

BARON. *¿Merçi?*

JUAN. Basta de charlar.
¿No queria usted estudiar
tipos y costumbres?

BARON. Sí.

JUAN. Pues vamos á los salones:
allí los hay á millares,
y hallará usted ejemplares
que parten los corazones.

BARON. Lo que más curiosidad
me inspira... por de contado
que quiero ser perdonado

si digo una atrocidad:
todo el mundo tiene errores,
y al tratarse de extranjeros...

JUAN. Vamos, ¿qué?

BARON. ¿Los caballeros
que llaman *toreadores*,
son aquí en su traje?

JUAN. (¡Aprieta!)
No, no señor: cuando asisten
á alguna *soirèe* se visten
como usté y yo, de etiqueta.

BARON. ¿Pero *son* aquí?

ESCENA XI.

Dichos.—COSME, DAMIAN y despues el MARQUÉS.

DAMIAN. (Desde la galería y por la puerta central, como dirigiéndose á algunos convidados.)
Embusteros,
no los creas.

COSME. ¡Papá... ¡Eh!

DAMIAN. ¡Por Dios, Cosme!

JUAN. (Al Baron.) Ahí tiene usté
un par de banderilleros. (Por Cosme y Damian.)
Los niños de Ecija.

BARON. ¡Ah!

JUAN. No los célebres bandidos;
sino que son conocidos
por ese apodo.

COSME. ¡Papá!

DAMIAN. ¿Pero y si te han engañado?

COSME. Antes que todo es mi honor.

MARQUÉS. ¿Qué quereis?

JUAN. (Al Baron.) Un matador. (Por el Marqués.)

BARON. ¿Un matador?

JUAN. Retirado. (Vanse.)

COSME. Es preciso que mi boda
quede esta noche deshecha.

MARQUÉS. ¡Muchacho!

DAMIAN. Cosme sospecha...
COSME. No sospecho.
DAMIAN. Le incomoda...
COSME. ¡Dale! Deja que me explique.
Veras tú lo que ha pasado.
—Estaba yo muy sentado
con la mujer de Manrique,
cuando llega su sobrina
y me dice: —¡So pillin!
¿Conque se casa usté al fin
con la inocente Adolfina?
—Sí, señora; de eso trato,
y ya todo está dispuesto.
—¿Contará usted, por supuesto,
con la vénia de Honorato?
—Señorita, dije yo,
esa broma...
DAMIAN. Y lo será.
COSME. Y ella dijo: —¡Já, já, já!
¡Pobre Cosme!—Y se marchó.
Quise seguirla, y Matías,
que allí nos estaba oyendo,
tambien me dijo riendo:
—Pues qué ¿tú no lo sabias?
—¿Por quién me tomas á mí,
repliqué muy enfadado,
por algun predestinado?
MARQUÉS. ¡Hola, hola!
COSME. Y advertí
que todos cuantos pasaban
por mi lado, se reian,
y unos me compadecian
y los más se me burlaban.
Intenté al punto buscar
á Adolfina; no la hallo,
y...
DAMIAN. Bueno; calla.
COSME. No callo.
Yo quiero escandalizar.
Quiero que la reunion

en masa sepa el cinismo...

MARQUÉS. Déjame á mí que ahora mismo
provoque una explicacion
con sus papás, y si es cierto
no consentiré tu afrenta.

COSME. ¡Traidora!

DAMIAN. Que se haga cuenta
que para ella hemos muerto.

MARQUÉS. Corre; busca á su mamá
y dila que aquí la espero.

DAMIAN. ¡Si la cojo!... (Vase.)

MARQUÉS. Y tú, ligero;
en algun sitio estará
Adolfina; tráela aquí.

COSME. Voy volando. (Vase.)

MARQUÉS. ¡A un Recio-Muro
quererle hacer!... Aseguro
que se han de acordar de mí.

ESCENA XII.

MARQUÉS y ADRIANA.

¡Mire usté el tal Honorato!
Si ese tipo no me entraba;
pero vamos, yo creia
otra cosa. ¡Cómo engañan
á veces las apariencias!

ADRIANA. Dicen que usted me buscaba. (Puerta izquierda.)

MARQUÉS. Sí, señora, y es preciso
que hablemos con mucha calma.

ADRIANA. ¡Ay! Marqués, es imposible;
todo el tiempo me hace falta
para atender...

MARQUÉS. Es preciso.

ADRIANA. Pero hombre, por Dios, ¿qué pasa?

MARQUÉS. Pasa, que si usté no es ciega,
no ha sido conmigo franca;
que yo consentir no puedo,
sin una explicacion clara

y terminante, en la boda.

ADRIANA. ¿Cómo?

MARQUÉS. Que su idolatrada
hija es una coquetuela.
No retiro la palabra.
Que su futuro marido,
Cosme, de saber acaba,
por boca de todo el mundo,
que inicuamente le engaña,
puesto que con otro... quidam
comprometida se halla.

ADRIANA. ¡Falso!

MARQUÉS. Por eso las gentes,
al oir que se anunciaba
el próximo matrimonio
para fecha no lejana,
se han burlado de mi chico.

ADRIANA. ¡Marqués!...

MARQUÉS. Y en sus mismas barbas...

ADRIANA. No las tiene.

MARQUÉS. En su bigote,
y finalmente en su cara,
le han dicho lo que le han dicho.

ADRIANA. Pero bien, que ya se acaba
mi paciencia: ¿con quién tiene
tales relaciones?

MARQUÉS. Vaya;
está visto que usté es ciega.

ADRIANA. Pues usted, que tanto habla,
antes de oir tal calumnia
ni siquiera sospechaba.

MARQUÉS. Es que yo no soy su madre
ni su padre.

ADRIANA. No, á Dios gracias;
y si busca usté un pretesto...

MARQUÉS. Yo no me ando por las ramas;
busco la verdad tan solo,
la verdad de lo que haya.

ADRIANA. *(¡Dios mio, y los invitados!...)*
Deje usted para mañana

esta cuestion.

MARQUÉS. No, señora;
esta noche se proclama
segunda vez el enlace
ó queda roto: cachaza,
que pronto hemos de saberlo;
ya por ahí buscando andan
mis dos hijos á Adolfina
para traerla á esta sala;
y como á mí no me gusta
discutir nunca con faldas,
voy á buscar á su esposo
de usted.

ADRIANA. Maldita la falta...

MARQUÉS. Yo volveré aquí al instante.

ADRIANA. Y despues de tanta charla
aun no sé quién es el hombre.

MARQUÉS. ¡Y que no es usted pesada!
¿Quién ha de ser? Honorato. (Vase.)

ESCENA XIII.

ADRIANA.—Despues HONORATO.

ADRIANA. ¡Honorato! ¡Dios me valga!
¡Falso! ¡Mentira! ¡Mentira!
¿Es posible tal infamia?
¿Dónde está? Toda la noche
me ha tenido abandonada.
¡Mon Dieu! ¿Y esa niña loca?
Es menester prepararla
para que por hoy siquiera
se mantenga en su palabra
y evitemos el escándalo.

HONORATO. Ahí viene: no se me escapa. (Como siguiendo á Teresa.)
¡Ah!

ADRIANA. Sígame usté.

HONORATO. Señora...

ADRIANA. Sígame.

HONORATO. Que aquí me aguardan.

ESCENA XIV.

TERESA, seguida de JORGE.

TERESA. ¿Qué quieres?
JORGE. Te quiero hablar.
TERESA. No vienes á buena hora:
ya es tarde.
JORGE. ¿Sí?
TERESA. Porque ahora
me retiro á descansar.
JORGE. ¡Ah!
TERESA. Mañana ú otro dia.
JORGE. A los dos nos interesa,
y siento hallarte, Teresa,
tan desdeñosa y tan fria.
TERESA. Sin duda me he contagiado.
JORGE. Sin duda, sí; y pues lo quieres,
esperaré.
TERESA. ¡Hasta que esperes
todo lo que yo he esperado!
JORGE. Entonces debo inferir
que no lo haces por capricho,
sino...
TERESA. Nada; lo que he dicho
es lo que quiero decir.
Ea, déjame pasar.
JORGE. ¡Ah!
TERESA. ¿Qué tienes?
JORGE. En rigor
no sé si celos ó amor,
ó ambas cosas á la par.
TERESA. ¿De veras?
JORGE. Y más me abismo
cuando más tiempo prolongas...
TERESA. Pues mira, cuando te pongas
de acuerdo contigo mismo
y pases dias y dias
sufriendo torturas tales,

que sean, ya que no iguales,
un reflejo de las mias,
y llegues á comprender,
sin esa calma funesta,
lo que vale y lo que cuesta
el amor de una mujer,
ven á buscarme, y al vernos,
tu mirada me dirá
lo que sientes, y quizá
consigamos comprendernos.

JORGE. Casi pudiera afirmarlo;
pero dices bien, los dos
debemos pensar...

TERESA. ¡Adios!
Quédate para pensarlo. (Vase.)

ESCENA XV.

JORGE y todos ménos el BARON.

PEDRO. Hombre, deje usted mi brazo;
es usted un tabardillo.
Me acaban de dar codillo
por usted.

MARQUÉS. Y á mí codazo.

PEDRO. Pero bien, ¿qué es ello?

MARQUÉS. Nada.

PEDRO. Pues me gusta la salida,
y para esto... ¡por mi vida!

MARQUÉS. ¡Ah!

ADRIANA. Vengo escandalizada:
no es posible que se halle
mujer de mayor cinismo;
mañana... no, no, hoy mismo
me los plantas en la calle.
Hay que dar satisfaccion
al momento.

PEDRO. Pero esposa...

ADRIANA. Ya no se habla de otra cosa
en toda la reunion.

MARQUÉS. Si lo he dicho: ¿y Adolfina?
ADRIANA. No sea usted majadero,
porque yo ahora me refiero
á la Charra, á la sobrina
de mi esposo.
MARQUÉS. ¿Y á qué fin?
ADRIANA. La de costumbres tan puras:
¡hipócrita! estaba á oscuras
en la estufa del jardin.
PEDRO. Y qué, ¿es cosa que asombre?
ADRIANA. No, no callo.
HONORATO. ¡Jesucristo!
ADRIANA. Es que todo el mundo ha visto
entrar en la estufa á un hombre.
JORGE. No es cierto.
HONORATO. ¡Que usted desbarra! (A Adriana.)
JORGE. Ahora acaba de salir...
ADRIANA. ¿Con quién la han de confundir
si lleva el traje de charra?
HONORATO. ¿Me acompaña usté, Marqués?
JUAN. ¡Señores!
TODOS. ¡Cómo! ¡Teresa!
PEDRO. ¡Bravísimo! ¡Qué sorpresa!
JUAN. *Bon sur*, cuñada.
PEDRO. ¿Lo ves?
ADRIANA. Pero...
HONORATO. El lance se complica.
ADOLFINA. (Entrando seguida de Cosme y Damian.)
¡Dejadme! ¡Dejadme!
TODOS. ¡Oh!
PEDRO. ¡Era Adolfina!
JUAN. *¡Tableau!*
TERESA. ¿Qué es esto?
JUAN. ¿Qué ha hecho esta chica?

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO y ADRIANA.

PEDRO. (Se supone que habla con los criados.)
Nada, no estoy para nadie,
y aunque venga el Preste Juan,
que no pase del estrado.

ADRIANA. Pero para mí sí estás. (Saliendo de su habitacion.)

PEDRO. ¡Mujer!

ADRIANA. Yo no tengo culpa
del contínuo malestar
en que te trae la política
endiablada, y además
voy á molestarte poco.

PEDRO. Si no hay remedio... (Sentándose.)

ADRIANA. Son ya
cerca de las ocho y media
y me tengo que marchar
á Apolo; de consiguiente,
no te duermas y oye en paz.
Nuestra niña, como sabes,
desde la noche fatal
en que hizo aquella locura,

se encastilló en su *boudoir*
y así lleva ya tres dias.

PEDRO. ¡Es mucha su terquedad!

ADRIANA. Mucha; mas no voy á eso:
lo que te quiero contar,
lo que es preciso que sepas
es...

PEDRO. ¿Qué?

ADRIANA. Que la primordial
causa de nuestros disgustos
fué tu sobrina.

PEDRO. ¡Bah, bah!

ADRIANA. Adolfina me lo dijo:
«Si yo me he portado mal,
la culpa tiene Teresa.»

PEDRO. ¡Mentiras!

ADRIANA. Como tú estás,
cuando no dormido, ciego,
y no sabes la mitad
de la misa... ¿Quién supones
que es el supuesto galan?

PEDRO. ¿No dijeron que Honorato?

ADRIANA. ¡Infeliz! ¿Quieres callar?
Eso afirmaba el Marqués,
y si por casualidad
—por casualidad tan solo—
el pobre no llega á estar
toda la noche á mi lado,
yo le juzgo desleal,
es decir, un falso amigo,
y lo echo todo á rodar.
Ya le pedí explicaciones,
no obstante, y con su bondad
acostumbrada, me hizo
ver que no pensó jamás
en Adolfina ni piensa;
y á su gran sagacidad
debo el estar al corriente
de cuanto llegó á pasar.

PEDRO. Pero, bueno: nuestra hija

¿qué te ha dicho á tí? ¿En qué está?

ADRIANA. Está en casarse con Cosme
si el Marqués quiere aceptar
las explicaciones que ella
mañana á todos dará.

PEDRO. ¿Mañana? ¿Y por qué no hoy?

ADRIANA. ¿Qué sé yo? Echate á buscar
las razones... Cosas suyas.
En fin, que lo principal
es detener á tu hermano,
que, segun dice, se va
muy pronto.

PEDRO. ¿Qué te propones?

ADRIANA. Nada.

PEDRO. Alguna atrocidad.

ADRIANA. Como quiera que el Marqués,
Cosme, Honorato y Damian
son las únicas personas
que pudieran divulgar
el caso, y nos prometieron,
bajo palabra formal,
guardar todos el secreto
hasta saber la verdad
de lo ocurrido por boca
de Adolfina, y además,
(Pedro va quedándose dormido.)
si el enlace se efectúa,
interesados están,
como nosotros, en que
quede esto en la oscuridad.
(La actriz durante esta relacion arregla su *toillette*.)
Para que resulte ilesa
Adolfina y evitar
que ande en lenguas de la gente,
pienso que es muy natural
que pague las consecuencias
quien las supo motivar.
Los concurrentes al baile
la noche del festival
vieron todos á una chavra,

¡á una charra! y nada más,
que de la estufa salia.
Pues bien; es fuerza probar
que la charra existe. ¿Cómo?
Con suma facilidad:
llevándola á todas partes,
mostrándola sin cesar
al mundo; por eso anoche
la llevé á un palco del Real
y la puse allí de *mona*.
¡Qué manera de mirar
las gentes! Hizo un efecto
asombroso, colosal;
por de contado que iba
con su *toillet* del lugar.
Hoy quise llevarla á Apolo;
pero su caro papá
se ha opuesto, y yo no he insistido
por no hacerle sospechar,
y eso que les trato ahora
con más amabilidad...
¡Hipócritas! ¡Solapados!
Si no les puedo tragar
desde que les ví. ¡Venirse
fingiendo aquí cortedad,
haciéndose los chiquitos,
para luégo resultar
ella una charra de pega
y él un palurdo de frac.
¡Digo, y no estarán gozosos
con su victoria! ¡Y la tal
Teresita no es coqueta,
que digamos! Ya verá...
Ea: yo me voy á Apolo,
porque no quiero faltar.
Recio-Muro concedió
un plazo que espirará
esta noche, y yo supongo
que allí les podré encontrar.
Si consigo que se calle

hasta mañana, se habrá
terminado felizmente
el asunto: lo esencial
es que tú... ¡Cómo! ¡Dormido!
Pues me podria yo estar...
¡*Mon Dieu*, qué hombre tan *fané*!
¡Pedro!... (Despertándole.)

PEDRO. ¡Qué calamidad!
Si me he enterado de todo:
que no deben continuar
en casa.

ESCENA II

Dichos.—DON JUAN y TERESA, en trajes de charros

JUAN. Santas y buenas. (Puerta derecha.)

PEDRO. ¡Hola!

JUAN. ¿Te has dado á luz ya?
No te he visto en estos dias.
¿Qué hay de crísis? ¿Se nombró
el Ministerio?

PEDRO. Si no
se entienden las minorías.
Yo me he venido escapado
y resulte lo que quiera.

JUAN. Te reconozco.

PEDRO. Debiera
estar ahora en el Senado;
pero...

JUAN. Sí; no has de caer
en cama por el país.

PEDRO. Conque ¿de dónde venís
á estas horas?

JUAN. De comer.

PEDRO. Quizá con algun amigo.

JUAN. Con nadie; solos los dos
en una fonda.

PEDRO. ¡Por Dios!

JUAN. Nada, y no cuentes conmigo

en los dias que esté aquí
para sentarme á tu mesa:
la comida á la francesa
no se inventó para mí.

ADRIANA. Pues se traerá un cocinero
español.

JUAN. Gracias, cuñada.

PEDRO. ¡Hombre! ¿Crees que me agrada?

JUAN. Agrádete ó no, no quiero
ser causa de esa extorsion,
puesto que pronto he de irme;
ni estoy dispuesto á morirme
en tanto de indigestion.

PEDRO. Pero...

JUAN. ¿Se va usté á marchar?

ADRIANA. Si usted no me necesita
voy á Apolo: Teresita
no me quiere acompañar.

JUAN. ¿Teresita? (Repitiéndolo con cierta ironía.)

ADRIANA. Vamos, ven.
No tienes que incomodarte
en vestirte ni arreglarte,
porque asimismo estás bien.
Y á usted igual le repito,
iré doblemente honrada.

JUAN. Pero, querida cuñada,
vamos á hablar muy clarito,
que usted ni es necia ni loca,
y á mí me trae algo inquieto
este cambio tan completo
en su conducta.

ADRIANA. ¿Le choca?
Pues es fácil de advertir.
(Tú caerás entre mis redes.)
Mientras supuse que ustedes—
¿por qué no lo he de decir,
aunque orgullosa me crea?—
eran dos lugareñotes
sin educacion, dos zotes
sin la más remota idea

de cultura y sociedad,
les traté, no se lo niego,
con extremado despego
y marcada frialdad.
Mas cesaron mis ultrajes
cuando ví lo que valian
y que de charros tenian
únicamente los trajes.
Y lo que en otra ocasion
me produjo rabia y pena,
hoy, créame usted, me llena
de grata satisfaccion.

JUAN. ¿De veras?

ADRIANA. Hablo formal,
mi furibundo enemigo:
por eso hice que conmigo
viniera Teresa al Real.

JUAN. (Aparte á su hija.)
Y porque no me enteré
yo á tiempo

TERESA. Nunca creí
que usté se opusiera, y fuí...

JUAN. Porque iba Jorge; lo sé.
¿Y Adolfina?

ADRIANA. Esa es de hierro,
y aun hablar no ha conseguido.

JUAN. ¿De modo que no ha salido
todavía de su encierro?

ADRIANA. No, señor.

JUAN. ¡Qué extraño es!

ADRIANA. Yo, que por ella me inmolo,
me voy ahora mismo á Apolo,
á ver si encuentro al Marqués
y puedo hallar la manera
de hacer algo por mi hija,
consiguiendo que transija
hasta mañana siquiera.

JUAN. ¡Hasta mañana! ¿Y por qué?

ADRIANA. (Esquivando la conversacion.)
¡Dios mio! ¡Las nueve ya!

JUAN. (¡Si al cabo resultará
cierto lo que sospeché!)

ADRIANA. ¡Adios, cuñado!... ¡Qué arisco!
¡Adios, hija; hasta mañana!
¡Duerme bien! (De buena gana
la hubiera dado un mordisco.) (Vase.)

ESCENA III

DON PEDRO, JUAN y TERESA.

JUAN. Hay que aclarar en seguida
este asunto.

TERESA. Pronto, sí.

JUAN. No sé por qué veo aquí
tu honra comprometida.
¡Pedro! (Despertando á su hermano.)

PEDRO. Nada; no consigo...
Si yo llego á saber esto...

JUAN. Oyeme.

PEDRO. ¿Os habeis propuesto
acabar todos conmigo?

JUAN. No quieras desesperarme
con nuevas provocaciones.

PEDRO. ¿Pero no tengo razones
de sobra para quejarme?
Si há dias estoy pasando
horas en extremo críticas
con las discordias políticas
y las que estoy presenciando
á cada momento aquí,
y por distinta manera
los de dentro y los de fuera
se coaligan contra mí.

JUAN. ¡Hombre!

PEDRO. Yo no puedo más.
Conferencias, discusiones,

bailes, *soirés*, diversiones,
pretendientes y demás
me tienen fuera de mí
y no hago cosa con cosa.
¡Dichosa crisis! ¡Dichosa!
¡Estoy ya de ella hasta aquí!
—Castellano: usté, hombre serio,
se debe sacrificar
y tiene usté que formar
parte de este Ministerio.
Hay que atajar el desórden
y el país le solicita,
porque lo que necesita
sobre todo es gente de órden.
Es necesario ceder
ante el mal y el descontento.
—Amigo mio, lo siento,
¿pero yo qué voy á hacer?
¡Sacrificarse! ¿Quién, yo?
En vano es que me predique;
vaya y que se sacrifique
el moro Muza.

JUAN. ¡Bien!

PEDRO. No
estoy tan falto de juicio,
ni ménos desesperado,
ni Dios tampoco me ha dado
la virtud del sacrificio;
y así puede usted llamar
otro que á esto ponga tasa,
que yo me voy á mi casa
muy tranquilo á descansar.

JUAN. ¡Muy bien! Eso es ser un hombre.

PEDRO. Mas no he tenido defensa,
porque la maldita prensa
ha echado á volar mi nombre,
y entre amigos y parientes,
y otros que yo nunca vi,
ha caido sobre mí
un turbion de pretendientes;

y al robarme la quietud
con inquebrantable empeño,
me han ido robando el sueño
y por *ende* la salud.
Y hoy, que por fin he podido
de sus garras evadirme
y pretendo resarcirme
de todo, se te ha ocurrido
hacer coro á los demás
y venirme con canciones...
Lo repito: estas cuestiones
me matan; no puedo más.

JUAN. Mira, Pedro, mi interés
es el tuyo, y yo pensaba...

PEDRO. ¿Qué ocurre? ¡Esto me faltaba!
(Al ver que el criado le trae una carta del Marqués.)
Una carta del marqués.

JUAN. ¿Qué dice?

PEDRO. (Furioso.) No me hallarás.
Que le aguarde aquí esta noche.
¡Mi coche!

JUAN. Pero...

PEDRO. ¡Mi coche!

CRIADO. Bien.

PEDRO. Tú le recibirás.

JUAN. ¿Yo qué le he de recibir?

PEDRO. Nada, dile que he emigrado.

JUAN. ¿Dónde te vas?

PEDRO. ¡Al Senado,
á ver si puedo dormir! (Vase.)

ESCENA IV

DON JUAN y TERESA.

JUAN. *¿Sí?* Pues sin voces ni riña
yo solo lo arreglaré,

y á la fuerza sacaré
de su prision á esa niña.

(Hace medio mutis y se detiene al fijarse en su hija, que estará sentada con cierto abatimiento.)

Y este asunto concluido,
mañana mismo nos vamos:
sí, hija mia, sí; aquí estamos
como pájaros sin nido.
Tú tal vez olvidar puedes
nuestros campos tan serenos,
mas yo echo mucho de ménos
aquellas cuatro paredes,
que aunque estas sean más bellas,
me han robado la alegría,
y te lo juro, hija mia,
me asfixio, me muero entre ellas.

TERESA. ¡Padre!...

JUAN. Vámonos de aquí.
¿Qué ganas tú y yo qué gano?
Más que á abrazar á mi hermano
vine á la córte por tí;
por tí tan solo, que al ver
tu pasion siempre creciente
y que paulatinamente
iba minando tu sér,
aun á trueque de un gran daño
pretendí salvar tu vida
aplicando á tu alma herida
el hierro del desengaño;
y pues que ya le has sentido,
segun con razon sospecho,
y hasta se halla satisfecho
nuestro amor propio ofendido,
sin tibiezas ni rencor
á todos el ¡adios! demos
y vámonos donde hallemos
luz y vida, aire y calor.

TERESA. Las de usté son mis ideas;
la mia su voluntad.

JUAN. ¿No finges?

TERESA. Hablo verdad.
¿Cuándo no?
JUAN. ¡Bendita seas! (Besándola.) (Vase.)

ESCENA V

TERESA.

Parece que ha adivinado
de mi primo la porfía.
¡Pobre viejo! Se moria
si se viera abandonado.
¡No temas que así te quedes,
padre mio, no, jamás;
con tu hija vivirás
entre tus cuatro paredes!

ESCENA VI

TERESA y JORGE.

TERESA. Por fin...
JORGE. Soy yo, no te asustes;
creí no poder hablarte.
¿Qué hay?
TERESA. Que puedes marcharte
á Inglaterra cuando gustes.
JORGE. ¿Eso dices? Tal respuesta
te juro que no esperé.
TERESA. Pues yo solamente sé
lo que dártela me cuesta.
JORGE. *No será* mucho.
TERESA. ¡Ojalá!

JORGE. En fin... no te ruego en vano.
Yo te he ofrecido mi mano;
no la aceptas... bien está.
Mas no por un necio alarde,
sino por si te interesa,
debo advertirte, Teresa,
que mañana será tarde;
pues al alejarme, herido
por tu increible desprecio,
bien pronto y á poco precio
sabré encontrar el olvido.

TERESA. ¿Ya piensas en olvidar
y no empezaste á querer?
Eso se llama poner
la horca antes que el lugar.

JORGE. Eso es imitarte.

TERESA. ¡Oh!

JORGE. No son aprensiones raras.

TERESA. Pues si en todo me imitaras,
¿quién más dichosa que yo?

JORGE. No me hagas perder el juicio
con tus reticencias.

TERESA. Dí:
¿en tu pasion hácia mí
llegas hasta el sacrificio?

JORGE. ¡Adios! ¡Tu eterna manía!...
Blasonas mucho de amarme
y quieres sacrificarme
por una majadería.
¿Qué dices cuando te asedio?
¿Que cómo te has de casar
conmigo y abandonar
á tu padre?... Buen remedio,
que no te abandone él;
que el campo no le seduzca;
que arriende, ó mejor, reduzca
sus terruños á papel;
y despues de convertir
en créditos cuanto tenga,
por mi parte que se venga

con nosotros á vivir.
Mas le adviertes, por si á engaño
se quiere luégo llamar,
que en España hemos de estar
sólo dos meses del año;
pues quien posee millones...

TERESA. No te canses en seguir,
que hasta me ofende el oir
tus necias proposiciones.

JORGE. Entonces, ¿cuál es tu idea?
¿Que yo, en aras del amor,
me convierta en labrador
y me sepulte en tu aldea?
¡Locura!...

TERESA. La idea fija
que tengo y he de tener
es ser lo que debo ser:
ante todo buena hija.

JORGE. ¿Pero imaginas matar
á tu padre con tu ausencia?
¡Qué candorosa creencia!
Por mí te puedes guiar.
Años tras años pasé
sin recibir solo un beso
de mis padres, y por eso
ningun pesar les causé;
y aunque de su hijo distantes
muchos dias han estado
los dos, el tiempo han pasado
tan alegres y campantes.
Y en fin, si decido irme
despues de esta explicacion,
verás con qué *sans façon*
me marcho sin despedirme.
No es que les deje sin pena,
porque yo les amo...

TERESA. Sí.

JORGE. *Mas ya* saben, pues así
ahorro á todos una escena,
que es ya en mí costumbre rancia

y no lo toman á ultraje;
y por último, si el viaje
tuviera alguna importancia...
Conque olvida tus quimeras
y abjura de tal capricho.
¿Qué me dices?

TERESA. Ya lo he dicho:
que te vayas cuando quieras.

JORGE. ¿Es esa tu decision?
Ahora claramente veo
que fué un simple devaneo
tu decantada pasion.

TERESA. ¡Devaneo!... Es tan sincera,
que si yo libre me hallara,
gozosa sacrificara
por tu amor mi vida entera;
pero, aunque en dolor profundo
me abisme...

JORGE. Bien; sufriremos.

TERESA. ¡Ah, Jorge! (Muy gozosa.)

JORGE. Y esperaremos
á que estés sola en el mundo.

TERESA. ¡Oh! Vete.

JORGE. ¡Pero mujer!...
¡Esta muchacha está loca!

TERESA. Tienes el pecho de roca.

JORGE. ¿Yo?

TERESA. Sí: ¿pudiste creer
que es tan grande mi maldad,
que porque á tí así te cuadre,
en la muerte de mi padre
cifre mi felicidad?

JORGE. Mira que juegas tu suerte,
Teresa, en esta ocasion.

TERESA. Si ya mi única ambicion
se reduce...

JORGE. ¿A qué?

TERESA. A no verte.

JORGE. ¿Sí?

TERESA. Lo juro. ¡Suponer...

JORGE. Mira, prima, que te dejo
y de tu lado me alejo
quizá para no volver.

TERESA. No me importa.

JORGE. Bien está.
Ya todo se ha concluido;
mañana... tú lo has querido;
cúlpate á tí sola. (Vase.)

TERESA. ¡Ah!

(Llorosa y dando rienda suelta á su sentimiento al ver que que renunciar para siempre al amor de su primo.).

¡Ni esperanza, ni consuelo!
¡Arrojé con necio ardor
la semilla de mi amor
en un témpano de hielo!

ESCENA VII

TERESA y HONORATO.

HONORATO. (Queda Adriana en el teatro
y la ocasion es propicia;
aquí de todo mi ingenio.)

TERESA. ¿Quién?

HONORATO. Servidor, señorita.

TERESA. ¿Usted por aquí á estas horas?

HONORATO. Estas son las horas mias,
como dice un personaje
de cierta comedia antigua.
En busca de usté he venido,
y crea que mi visita
ni el egoismo la mueve
ni yo traigo aquí otras miras
que salvar á usté.

TERESA. ¿Salvarme?

HONORATO. De un peligro, de una intriga,

en la cual, sin sospecharlo,
hace el papel...

TERESA. ¿Eh?

HONORATO. De víctima.

TERESA. Hable usted.

HONORATO. (Ya dice que hable.)
Adriana, su cara tia,
aunque otra cosa aparente,
la guarda á usté una ojeriza,
más que eso, la guarda un ódio
implacable.

TERESA. Lo sabia.

HONORATO. Y tampoco usted ignora
que la noche consabida
su prima tomó su traje
para acudir á una cita,
y aquí entra el quid del asunto.
A estas horas, por la villa
del oso, de boca en boca
corre como cosa fija,
sin que suene para nada
el buen nombre de su prima,
que la charra de la estufa
era...

TERESA. (Comprendiendo toda la maldad de su tia.)
¡Gran Dios!

HONORATO. La sobrina
del senador Castellano;
pues, gracias á la malicia
de su tia doña Adriana,
usted, la charra legítima,
en el Real y en los paseos
que ha frecuentado estos dias,
ha estado, cual vulgarmente
suele decirse, en berlina.

TERESA. ¡Con cuánta razon mi padre
sospechaba una perfidia!

HONORATO. Ahora bien; aunque yo sea
amigo de la familia
y tenga su confianza,

no soy hombre que apadrina
ciertas cosas, y deseo
demostrar mis simpatías
hácia usted, aconsejándola
en esta situacion crítica.

TERESA. Consejo que no se pide,
más que enseña mortifica.

HONORATO. ¡Oh! No sea usté rebelde
á una amistad...

TERESA. ¡Egoista!

HONORATO. ¿Egoista? Convenido.
Sí tal, porque usté me inspira,
por sus bellas cualidades,
un interés...

TERESA. No prosiga,
que si he podido estar ciega,
ya no hay nubes en mi vista,
y claramente traslozco
su intencion. Usted sabia
todo cuanto se tramaba
en mi contra. ¿A qué mentiras?
Y de fijo habrá tomado
una parte muy activa
en ello, con el propósito
de venir, cuando perdida
me juzgaba...

HONORATO. Yo...

TERESA. A ofrecérseme
por... mera filantropía,
sin pensar que así resulta
traidor á mí y á su... amiga.

HONORATO. Está usted equivocada,
Teresa.

TERESA. No soy tan niña.

HONORATO. Y si quiere usté escucharme...

TERESA. De nada le serviria.
Y en fin, aunque le agradezco
el interés que le anima,
sepa usted, de hoy para siempre,
que mi honra no necesita

protecciones oficiosas;
y que sin pecar de altiva,
concediendo que se halle
hoy por hoy comprometida,
para salvarme y salvarla
me basto y sobro yo misma.

HONORATO. Pero...

TERESA. Beso á usted la mano. (Vase.)

ESCENA VIII

HONORATO, MARQUÉS, ADRIANA y despues PEDRO.

(Los personajes entran segun marca el diálogo.)

HONORATO. ¡Otra esperanza fallida!
Nunca la tuve por tonta,
mas no la creí tan lista.

MARQUÉS. ¡Hombre, me alegro encontrarle
aquí.

HONORATO. ¿Sí, eh? Ya me iba.

MARQUÉS. Pues es fuerza que se quede
y asista usté á la entrevista;
no á la entrevista, á la gresca
que aquí va á haber. ¿Y Adolfina?
¿Y don Pedro? ¿Y ese charro?
¿No hay nadie en casa?

ADRIANA. (Entrando.) ¿Quién grita?
¡Ah, que es usted, Recio-Muro!
¿Cómo va?

MARQUÉS. Bien.

ADRIANA. Yo creia
que estaba usté en el teatro,
y usted tambien. (A Honorato.)

HONORATO. En seguida
me iba á marchar, y he venido
á recoger una obrilla
francesa que la otra tarde...

ADRIANA. ¡No le corre poca prisa!
Pero, en fin, ¿quién me ha mandado
á llamar? Yo suponia
que ocurria alguna cosa.
¡Qué comedia tan divina!
¡Qué *Dama de las Camelias*!
Francamente, me cautiva.
Eso es escribir.

HONORATO. ¡Oh!

ADRIANA. Eso
es una obra.

HONORATO. Bellísima.

ADRIANA. Sobre todo, ¡qué tendencia
tan generosa y tan digna!
¡Redimir por el amor
á la que estaba en la sima
del vicio!

HONORATO. Sí.

ADRIANA. Defenderla,
idealizarla, subirla
otra vez á las alturas
para causar nueva envidia,
y, en fin, hacer de una...

HONORATO. Etcétera

ADRIANA. Un ángel, una heroina.
Lo repito: ¡qué gran obra!
¡Qué mision tan nobilísima!
¡Si dan ganas de caer
por verse así redimida!

MARQUÉS. ¡Señora!

ADRIANA. Conque, querido,
hablemos de nuestra hija.

MARQUÉS. No vengo para eso solo.

PEDRO. (Entrando.)
Vaya: ya estará cumplida
vuestra voluntad: felices;
mas temed todos mis iras.
No sabeis lo que es un hombre
dormilon cuando le quitan
el sueño; vamos, ¿qué pasa?

¿Qué ocurre? Apenas me habia
sentado, llega Mauricio
y me dice que es precisa
mi presencia en esta casa.

ADRIANA. Con esa embajada misma
me fueron á mí.

PEDRO. ¿De parte
de quién?

ADRIANA. Ese es el enigma.
¿De parte de usted?

MARQUÉS. No tal.

HONORATO. Tampoco de parte mia.

PEDRO. Entonces fué mi hermanito
el gracioso.

MARQUÉS. Es muy bromista
su hermano de usted; y yo
precisamente venia
á tratar de cierta broma,
tan cobarde como indigna,
que á mí y á ustedes ha dado;
y aseguro por mi vida
que ha de salirle muy cara.
Aquí viene una revista
del baron de Clignancourt,
por él firmada y suscrita,
en que hablando de la fiesta
á que asistió el otro dia,
dice cosas de nosotros
en extremo peregrinas.

HONORATO. ¿Qué periódico es?

MARQUÉS. *El Fígaro.*
Léalo usted; ahí arriba.
Dice que, entre mucha gente
elegante y distinguida,
saludó á varios toreros;
que yo, harto de dar corridas
y de pegar estocadas,
á fuerza de oro é intrigas
he comprado un título.

ADRIANA. ¡Oh!

¡Semejante picardía!

MARQUÉS. Que mis hijos, es decir,
los niños de Ecija...

PEDRO. ¿Pican?

MARQUÉS. No tal, son banderilleros.
Que Honorato, á quien creia
un jóven de cierta clase,
hoy con pseudónimo firma
sus traducciones, porque
antes fué contrabandista.
Y en fin, que usté, la señora
de la casa, aunque muy fina
y elegante, tiene el tipo
de las manolas antiguas,
y por seguir su costumbre
lleva navaja en la liga.

ADRIANA. *¡Mon Dieu!* Que yo... ¿Quién le ha dicho?

PEDRO. ¡Já, já!

ADRIANA. Pedro, no te rias.

MARQUÉS. No señor, que esto es muy serio.

HONORATO. Mucho, pues segun afirma
el Baron, dice que debe...

MARQUÉS. Es claro.

HONORATO. Tales noticias,
á su cariñoso amigo
monsieur Charró.

MARQUÉS. ¡Oh! En seguida
(Tocando un timbre y dando la órden al criado que aparece.)
que venga don Juan.

MARQUÉS. Le juro...

HONORATO. O al instante rectifica
ó yo...

ADRIANA. Ya se han acabado
los fingimientos; su hija
y él al momento á la calle.

PEDRO. ¡Adriana!

MARQUÉS. La primacía
del duelo me corresponde.

PEDRO. ¡Marqués!

MARQUÉS. Le rompo la crisma.

PEDRO. Eso...
MARQUÉS. Nada; yo no sufro
de ese hombre tal villanía.
ADRIANA. ¡*Mon Dieu!* ¡Llevar yo navaja!
HONORATO. ¡Llamarme contrabandista!
MARQUÉS. ¿Dónde está?
HONORATO. ¿No viene?
(Mucha animacion en la última parte de esta escena.)

ESCENA IX

Dichos.—DON JUAN y TERESA.

JUAN. Sí.
PEDRO. Reprimete, si es que puedes. (A su hermano Juan.)
JUAN. ¿Por qué se callan ustedes,
señores? Ya estoy aquí.
No haya cuartel; no haya paz;
nadie contenga sus modos,
que hora es de que hablemos todos
sin careta y faz á faz.
ADRIANA. ¡Y todavía hace alarde!...
MARQUÉS. Pues bien; yo he sido ultrajado...
PEDRO. ¿Para qué nos has llamado?
JUAN. Luégo lo sabrás, más tarde.
Siga usted su relacion. (Al Marqués.)
MARQUÉS. Nada, que usté me ha ofendido,
y por lo tanto le pido
al punto reparacion.
JUAN. ¿Y usted? (A Honorato.)
HONORATO. Yo luégo, despues;
no es porque tema un percance,
sino que respeto el lance
pendiente con el Marqués.
JUAN. ¿Y usted, señora cuñada,
no pide satisfacciones?

ADRIANA. ¡Si tuviera pantalones!...
PEDRO. Tú no tienes que hablar nada.
ADRIANA. Pues qué, ¿yo no estoy herida?
Tómalo ó no como un reto,
si no se marchan...
JUAN. Prometo
complacer á usté en seguida.
¿Y tú? ¿Tu carácter blando
tambien pude exasperar?
PEDRO. Me limito á lamentar
todo lo que está pasando.
JUAN. Bueno. ¿Y todo por qué es?
¿Por qué se ponen así?
¿Por las noticias que dí
al corresponsal francés?
Arrostro las consecuencias
de cuanto ese señor dice,
mas yo otra cosa no hice
que asesorar sus creencias.
HONORATO. Pues le debió usted sacar,
si eso es cierto, de su error.
JUAN. Es la venganza menor
que me he podido tomar.
MARQUÉS. ¿Venganza?
JUAN. (Con mucha entereza y casi dominando la escena.)
De todos, sí;
que todos de mis acciones
me piden satisfacciones
y nadie me las da á mí.
Desde el punto en que he venido,
ya de ingratos, ya de necios,
sólo insultos y desprecios
de todos he recibido;
y no espereis que transija,
porque me herísteis, traidores,
en mis más puros amores:
en mi patria y en mi hija.
MARQUÉS. *Siempre* tiene á prevencion
esos nombres en su boca.
JUAN. *No es cierto*, usté se equivoca:

los tengo en el corazon.

MARQUÉS. ¿Pero yo en qué le falté?

HONORATO. En despreciar á su tierra.

MARQUÉS. ¿Por eso me mueve guerra?
¿Qué concepto tiene usté
de la patria?

TERESA. Calma, padre.

JUAN. ¡Cómo! ¿De la patria mia?
El concepto que tenia
y tengo sobre mi madre.

MARQUÉS. ¿Y ese concepto profundo?...

JUAN. (Es un arranque del amor de hijo.)
No se pregunta, marqués:
para mí, mi madre es
la mejor madre del mundo. (Movimiento del Marqués.)
¿Se da usté por ofendido?
Pues en vano es que me arguya;
diga usté igual de la suya
y es asunto concluido.

HONORATO. Decia *La-Rochefoucauld*
en su obra celebrada...

JUAN. Pero, hombre, ¿no ha dicho nada
ningun autor español?

HONORATO. Es que...

JUAN. Vaya usté á estudiar...
Que no callo, te repito. (A Pedro.)
¿Es acaso ya un delito
de hombre honrado blasonar?
¿A qué locura me atrevo?
¿A quién ofendí, animoso,
al presentarme orgulloso
del apellido que llevo?

MARQUÉS. ¡Qué torpe orgullo!...

JUAN. Es verdad.
Le heredé desde la cuna.
Pero como España es una
pobre de solemnidad,
segun especie injuriosa,
no hay motivo de extrañarse;
que el orgullo debe usarse

cuando no quede otra cosa.

MARQUÉS. Basta ya de discutir.

JUAN. Más calma, Marqués, más calma:
nos romperemos el alma;
pero antes me va usté á oir.
Gota á gota, de mil modos,
llenasteis el vaso...

PEDRO. ¿Quién?

JUAN. Pues gota á gota tambien
habeis de apurarle todos.

TERESA. ¿Pero á qué tales cuestiones?

JUAN. Son muy pocos, hija mia.

ADRIANA. *¡Mon Dieu,* qué cursilería!

MARQUÉS. Guarde sus predicaciones
ó márchese usted á un templo,
que para el caso igual es.

JUAN. Es que yo, señor Marqués,
predico con el ejemplo.

(Pausa.)

Campo yermo, eras sin mieses,
murallones derribados,
qué digo, pulverizados
por los cañones franceses,
que supieron destruir
con sus pechos nuestras madres,
fué la herencia que mis padres
me legaron al morir.
Entre matarme ó dejarla
ni un instante vacilé,
y lleno de ardiente fé
opté por reedificarla.
Luché con noble porfía,
al trabajo siempre mudo;
recogí mi roto escudo
que por el suelo yacía;
llevé en mis hombros mi cruz;
usé nuevos materiales;
abrí grandes ventanales
por donde entrara la luz,
y por fin, aunque gasté

mis años en tal empeño,
ví realizado mi sueño,
ví mi casa puesta en pié.
«Más tarde, por varios modos,
»volvió á sus tiempos mejores.
»Olvidé antiguos rencores;
»abrí mis brazos á todos;
»de todos me asimilé
»aquello que útil juzgaba;
»con todo el que codiciaba
»mis productos comercié,
»y hoy, no sólo en mi lugar
»mi nombre y crédito impera,
»sino que hasta los de fuera
»me empiezan á respetar.»

MARQUÉS. ¿Y qué quiere usté decir
con eso?

PEDRO. Si ahora no cedes...

JUAN. Nada; dedúzcanlo ustedes,
si es que saben deducir.

MARQUÉS. Pues á pesar de esa arenga
debo declararle...

JUAN. ¿Qué?

MARQUÉS. Que de España no hablaré
sino como me convenga.
Y como vivo en un tris
en esta tierra sin par,
son muy dueño en elogiar
otro cualquiera país.

JUAN. ¿En mengua del suyo?

MARQUÉS. ¿Y qué?
Yo no soy adulador.

JUAN. Pero entonces...

PEDRO. ¡Por favor!

JUAN. (Indignado al oir lo que dice el Marqués.)
¿Por qué no se marcha usté
á esos países tan buenos
que dejan al nuestro atrás,
y habrá allí un título más
y aquí un ingrato de ménos?

MARQUÉS. ¿Yo un ingrato?
JUAN. De tal modo,
que critica á su nacion
por la sencilla razon
de que se lo debe todo.
(Entra un criado y le entrega un parte.)
MARQUÉS. ¿Para mí?
PEDRO. ¡Pero, señores!
MARQUÉS. Un parte de mi encargado
en París. «Inesperado (Lee.)
»movimiento en los valores.»
¿Eh? «Ministerio reciente (Leyendo.)
»produjo efecto admirable.
»Alza muy considerable;
»véngase inmediatamente.»
¡Qué subida tan extraña!
Señores...
JUAN. ¿Bajista, eh?
¡Ojalá se arruine usté,
que eso irá ganando España.

ESCENA X

Dichos ménos el MARQUÉS.

ADRIANA. Don Juan...
HONORATO. Yo tambien me ausento,
sin que por esto se entienda
que renuncio á la contienda
con usted.
JUAN. Bien; un momento.
Por poderosa razon,
que preguntarme es en vano,
yo, y en nombre de mi hermano,
declaro rota la union
de Adolfina con el hijo
de ese hombre; y como se fué

de esa manera y usté
le verá, segun colijo,
se lo puede así contar.

ADRIANA. ¿Pero qué disposiciones?...

JUAN. Ya te daré explicaciones.

TERESA. Y si acaso, al comentar
el mundo la ligereza
en que mi prima incurrió,
ya que hubo quien se encargó,
con increible vileza,
de hacérselo suponer,
juzga que la delincuente
fué esta charra...

JUAN. ¡Oh!

TERESA. No intente
sus opiniones torcer,
que aunque eso aquí no se estima,
y no espero hallar el pago,
soy muy rica en honra y hago
ese presente á mi prima.

HONORATO. Bueno; todo lo diré.

ADRIANA. ¡Oh, qué humillacion!

PEDRO. ¡Malhaya!...

ADRIANA. ¿Volverá usted?

HONORATO. ¡Vaya!

JUAN. ¿Vaya?

HONORATO. Vaya... si no volveré. (Vase.)

ESCENA ÚLTIMA.

ADRIANA, D. PEDRO, D JUAN y TERESA.

JUAN. Ahora, sin levantar
la voz, sin un solo grito,
oigan ustedes bajito
por qué les mandé llamar.

PEDRO. ¿Es asunto de importancia?

JUAN. Juzga si es interesante:
Adolfina en este instante
está camino de Francia.

PEDRO. ¿Qué dices?

ADRIANA. *¡Mon Dieu!*

JUAN. ¡Señora!

PEDRO. ¡Oh!

ADRIANA. *¡Mon Dieu!* ¡Qué desconsuelo!

JUAN. Por el santísimo cielo,
no hable usted francés ahora.

ADRIANA. Es necesario marchar.

JUAN. Ahí tienes lo que ha dejado. (Dándole una carta.)

PEDRO. «Despues de lo que ha pasado
no puedo en Madrid estar.
Por tanto, os pido perdon
por mi marcha presurosa,
y me retiro gustosa
otra vez á la Pension.»

JUAN. ¡Y ojalá que allí la halles!

PEDRO. Dime todo lo que pasa.

JUAN. Los criados de tu casa
podrán darte más detalles.

PEDRO. ¿Acaso alguno?... Me aterra
el pensarlo.

ADRIANA. ¡Qué capricho!

JUAN. Y Jorge, segun me ha dicho,
tambien se vuelve á Inglaterra.

ADRIANA. ¿Tambien?

PEDRO. ¿Los dos se me van?

JUAN. Pues á nadie culpar debes
de tu desgracia.

PEDRO. ¿Aun te atreves?
Eres inflexible, Juan.
¡Una con un seductor,
y su hermano porque sí!

ADRIANA. ¡Abandonarnos así!

PEDRO. ¡Qué villanía, Señor!

JUAN. *No; si* no hay tal villanía,
si es lógico lo pasado:
cada nacion se ha llevado

lo que le pertenecia.
Allí vivieron felices;
allí sus dos corazones
se inundaron de afecciones
y echaron hondas raíces,
y allí realizan su afan
y cuanto ellos ambicionan;
y por eso te abandonan,
y por eso se te van.

ADRIANA. Y por su hija de usté,
que á Jorge habrá despreciado.
¿Cree usted que no he notado
cuanto sucedia?

PEDRO. ¿Eh?

ADRIANA. Arrójalos de tu casa,
que ellos son los responsables
y los únicos culpables
de todo lo que nos pasa.

JUAN. ¡Señora!

PEDRO. ¿Por qué te estás
callada? Jorge te amó
y por tus desprecios...

TERESA. No:
ya no quiero callar más.
Nadie puede alzar la frente
cual yo puedo alzarla.

JUAN. Sí.

TERESA. Porque no hay víctima aquí
que sea más inocente.
Cuando á mi pueblo fué usté,
tras de ofrecerme mil bienes,
¿qué me dijo, tio? «Ahí tienes
á mi hijo Jorge; ámale.»
Y no porque usted lo dijo,
que no se impone el amor,
sino porque ya en rigor
me interesaba su hijo,
que me fingia á su vez
una pasion verdadera,
le entregué mi vida entera

sin recelos ni doblez;
y cuanto más me olvidaba,
yo, loca, más le queria,
y mi Jorge no volvia
y mi llanto no cesaba.
Por último, vine aquí,
no á curarme, padre mio,
no á calmar mi duelo impío,
sino en busca suya, sí;
y con el fin de vencer
su carácter singular,
hice lo que en mi lugar
hace cualquiera mujer.
Creí mia la victoria,
pareció que despertaba;
por segunda vez soñaba
en mi dicha y en mi gloria:
mas de nuevo en hondo abismo
mi esperanza hizo caer,
porque más que á su querer
atendia á su egoismo;
y al tratar de nuestra union,
aunque él no lo comprendia,
su capricho me imponia
la eterna separacion
de mi padre, y sin dudar
ni oir sus locos extremos,
le dije entonces: no hablemos,
Jorge, te puedes marchar.

ADRIANA. Luego, porque á tí te cuadre,
se marcha; ¿qué te decia?

TERESA. ¿No oye usted que me pedia
que abandonara á mi padre?
¿Yo sus afanes prolijos
premiar de ese modo?

ADRIANA. ¿Y qué?

TERESA. Merecido tiene usté
que la abandonen sus hijos.

LV. *Ven aquí. ¡Que yo no pueda!*
Compara en tu triste afan

los hijos que se te van
con la hija que me queda.
Junto á mí llegó á crecer,
yo la presté mi calor.
¡Compara amor con amor,
proceder con proceder!
Romper no pudo estos lazos
la pasion que la enajena.
¡Mira, se muere de pena;
pero se muere en mis brazos!

FIN DE LA COMEDIA.

Nota. Los versos marcados con comillas se suprimieron en la primera representacion y sucesivas.

DATE DUE

STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
STANFORD, CALIFORNIA 94305-6004